

En el Seminario

TRES años pasa Sergio en casa de sus parientes. Al cabo de ellos, el padre se ve obligado a llevarlo al Seminario, porque los viejos tienen que hacer un viaje a Europa con el fin de que la tía Concha se cure ciertos males que la aquejan.

Y ahora abandona con pesar el caserón de San Francisco, porque sin que el niño se dé cuenta, su vida afectiva se ha arraigado en esa pequeña existencia delicada y fuerte que se llama Ana María. Aquella peloncilla descalza y festiva, que ha crecido abandonada, ha sabido dar a Sergio lo que nadie le diera a ella: Amor. Supo entrar en el reino de los sentimientos del muchacho por senderillos que tenían la magna insignificancia de los que trazan las hormigas: con cuentos a través de los cuales, la vida era como a través del prisma, una magnífica visión; con objetos sin ningún valor material y preciosos para su imaginación, como la crucecilla y el prisma; con ternuras ingenuas, lágrimas derramadas en compañía, y ramilletes de flores silvestres.

Anita acompañará a los tíos a Europa, porque su presencia es indispensable a su ama. Tres días antes de partir, entra la chiquilla al cuarto de Sergio y danza en la punta de las botitas que le fueron compradas para emprender su viaje, mientras el pícaro rostro tiene un gesto de cómico sufrimiento. Y al cerciorarse

de que la tía Concha no la ve, saca sus piesecillos de la negra prisión y los pone a corretear libres por los encerados pisos. Tira los relumbrantes zapatos lejos, con desprecio, y exclama —Ay Sergio! Ponerme botas a mí, es como ponerle botas al viento! Pobres patitas mías —añade acariciándolos— que tendrán que ir a Europa entre unos calabozos negros. Y los pequeños dedos que han estado estrujados, parecen una fila de pichoncillos que se desentumecieran sobre un alero.

Sergio parte para el Seminario con el recuerdo de una Ana María vestida con un traje de austero color de tabaco, con la falda casi de cola, confeccionado bajo el pésimo gusto de la tía Concha; lleva un sombrero negro de moda antigua, adornado por las mismas manos que forjaron el vestido, con un lazo rígido a cuyo lado se levanta una elevada pluma de ganzo. En otra ocasión, el muchacho habría prorrumpido en una carcajada al ver a su amiga perjeñada de aquella guisa, y seguramente que ella le habría hecho coro, pero entonces lo que hacen es abrazarse con toda la fuerza de su sentimiento, y Sergio se pone a llorar, al ver sobre los rosales, la elevada pluma que se aleja agitándose al impulso de los sollozos que desgarran el pecho de su dueña.

En la noche, ya solo, con la cabeza en la almohada, piensa en Ana María, no como la viera al partir, sino en la peloncilla descalza, con su sempiterno traje azul, que iba a hacerle compañía en el vasto aposento enladrillado, lleno de sombras enormes. Echa de menos aquel cuarto y aquel caserón, entre cuya frialdad palpaba el cariño de esta chiquilla, como una llamita a cuyo calor se acogiera tantas veces su espíritu aterido.

Una página de la vida de Sergio en el Seminario

LA ciudad celebra sus fiestas anuales. Hasta Sergio llega el rumor de la multitud que se divierte. Los gritos vuelan entre la música que toca la banda en el parque. Está sentado en su silla, su inseparable compañera, cerca de una ventana. Los cohetes y las luces de bengala bordan de fuego la oscuridad de la noche; muy alto y muy lejos vuela un globo. La algazara del exterior le hace sentir más la quietud que reina en torno suyo.

Hace días que comenzaron las vacaciones y el edificio está como un gran cántaro de bullicio que se hubiese vaciado.

Los compañeros al partir le dijeron con voces en que el contento rezumaba:—"Adiós Esquivelito." "Hasta el año entrante, Sergio." "Que pasés muy felices vacaciones."

¡Felices vacaciones él, que no tenía hogar y que se veía obligado a pasarlas en un lugar en que los cuidados que se le dispensaban, descansaban en una pila de monedas.

En esta noche no llega a sus oídos el menor ruido humano del interior. ¿Qué se han hecho los padres y los legos? Algunos quizá duermen, otros se habrán ido a echar su cana al aire.

Pasea sus ojos por el vasto salón con sus hileras de lechos desvestidos, y los detiene en el suyo que es el único que ha conservado sus or-

pas. Quién sabe porqué su vista le revela como una luz poderosa, el abandono en que vive.... Por mucho tiempo su cuerpo se ha rozado continuamente con otros cuerpos humanos que han sido bondadosos con él, que le han demostrado interés, pero ninguno de los cuales ha logrado llegar al rincón más íntimo de su ser, que es un pedacillo de escarcha desde que Ana María partiera. Sabe también que bajo el techo que lo cubre no hay un hogar y que el día en que su padre no pague la pensión estipulada, se plegará cual un paraguas que se cierra y no lo abrigará más.

Los seres que ama, están lejos y los mira como aquel que se hallara en un mar tempestuoso, en una barca sin velas y sin remos rodeado de tinieblas y viera brillar muy lejos en la costa, las ventanas iluminadas de las moradas de sus amigos. El sabe que están allí ansiosos por su suerte, pero también sabe que no tienen en qué salir a ayudarlo. Porque, Miguel, Candelaria y Gracia, ¿qué pueden hacer por él, los pobres?

Busca en torno suyo algo en qué recostar su desamparo y descubre la caja de su violín suspendida en la pared, cerca de su lecho. Recuerda que hace días no lo toca porque le faltaban cuerdas y no tenía dinero con qué comprarlas. Por fin en la tarde vino Miguel y se lo dejó listo. Anhela oír las voces amigas del instrumento, pero cómo ir a él o cómo hacerlo llegar a sus manos? No hay nadie al alcance de su voz a quién llamar... Por un momento tiene la visión de la inmensa pelota terrestre que da vueltas en el espacio y de la cual sale una poderosa bocanada de silencio, porque todos los seres han muerto, sólo él ha quedado en su silla sobre la vasta superficie solitaria. Algo como la locura sube de su pecho hacia su cabeza.... La sensación cruel de la impotencia, tal cual la experimentara en aquel lejano día en que Miguel se le acercó a

pedirle agua, lo invade de nuevo. Contempla su vida en flor, atada lo mismo que Prometeo y el Dolor es el buitre que le escarba en las entrañas.

Inclina la cabeza y por primera vez escucha dentro de sí la música del Dolor... percibe sus sonidos que comienzan graves y solemnes y que ascienden formando una escala que va a prenderse de los Cielos; a su pie, como el Jacob bíblico está tendido, fatigado y hambriento su cuerpo que duerme. ¿Qué importa que su almohada sea una piedra si mira que por la maravillosa escala los ángeles suben y bajan?

Y es en esta triste noche que sus sentimientos encuentran el agujerillo por donde desbordarse. Desde entonces Sergio vacía en los sencillos moldes de las siete notas, el metal en que ellos se funden dentro de los misteriosos crisoles de su ser.

Carta de Ana María a Sergio

AL regresar de Londres, he encontrado su carta. Al abrirla me temblaban las manos del contento. Me gusta mucho recibir sus cartas. A mí sólo Ud. me ha escrito en la vida.

Hemos estado dos meses en Londres porque a la niña Concha le recomendaron un especialista inglés, pero ella que quiere verse curada de la noche a la mañana, no ha tenido paciencia de esperar y hemos regresado a París en donde dice que se siente mejor.

Viera que feo es Londres. Yo no lo cambio por San José aun cuando allá no hay casas tan altas ni tan bonitas ni tanto ruido de trenes, coches, tranvías y automóviles. Hágase de cuentas de que es como estar en la cocina humienta de Panchita, recuerda? de Panchita la que vivía en el bajo de la cuesta de San Francisco. Lo único es que en Londres, no le lloran a uno los ojos. Viera como echaba yo de menos nuestro cielo que parece que diario lo está azuleando tatica Dios. Y allí en Costa Rica no tiene uno más que asomarse a la puerta y ya ve en el fondo de la calle esas montañas que no necesitan de estar coronadas de nieve porque así se lucen más sobre el azul del cielo. Y aquí no se pone el sol como allá con aquel lujo de nubes. Que va! Se tomaran! Ni de noche hay tantas estrellas ni tan lindas! con dificultad se ve de cuando en cuando el cielo entre tanto humarasco. Pero no, a cada uno hay que

darle lo que es suyo. Un alma caritativa se apiadó de mí y pidió a la niña Concha que me dejase acompañarla a pasear por los jardines de Kensington. ¡Ay, Sergio de mi corazón! Yo creo que esos sí que no tienen compañero en este mundo. Allí está la estatua de Peter Pan, (el niño que no quiso crecer y hacerse hombre) un chiquillo casi chingo, la cosa más linda, en un pedestal poblado de ratones y conejos y rodeado de chiquillos que parecen los niños más felices de la tierra.

Viera como me ha mortificado lo que me cuenta de lo que le pasa en el Seminario. Comprendo muy bien que se halle solo entre toda la gente que allí habita. A veces las cosas que hace Dios, no tienen ni una mirrusca de gracia. ¿Que le costaba tenerme a su lado, ocupada en llevar su silla de aquí y de allá, con tanto cariño que Ud. no hecharía de ver que a ratos rodaba sobre piedras, en lugar de tenerme junto a la niña Concha, a quien yo quiero, no digo que no, pero con un querer que a la par del que le tengo a Ud. es como comparar a una hormiga con la catedral?

De mi vida le contaré lo siguiente: ya hace tres años que ando de ceca en meca por esta Europa, pero se puede decir que apenas si he visto la punta de la nariz de los países por donde he pasado. El único placer que he tenido es conocer los jardines de Kensington y la estatua de Peter Pan. La niña Concha con su enfermedad, no tiene gusto para nada y mi obligación es no separarme de su lado. Hace tres años que no pruebo el aire libre: diario encerrada en barcos, trenes, coches, consultorios de médicos y hospitales. Los ojos se me van tras las maravillas que percibo por las ventanas del carro que me lleva, pero los pobres tienen que quedarse con su dueña. ¡Oh tuerce el mío! ¿Pero no le parece mal hecho que me queje? Pobrecita la niña Concha que no tiene sino a mí que la pastoree sin esperar

retribución, ya Ud. sabe que el pasmado de su tío José tiene gracia sólo para cuidar yigüirros.

Y ahora le voy a confesar una mentira. La enfermera que me ayuda a velar por su tía, se ha hecho mi amiga y siempre me está hablando de sus dos hermanos y poniéndolos por las nubes. Apenas le escriben corre a enseñarme las cartas que son muy cariñosas. Y a mí me ha dado una envidia! y no he querido quedarme atrás, le he contado que tengo un hermano que se llama Sergio que me quiere mucho. Verdad que Ud. no se enoja por esta mentira? Ud. es el único cariño que siento junto a mí y cuando lo recuerdo, me parece que mi pensamiento se recuesta en un hermano. Viera cómo le hablo de mi hermano Sergio a Mademoiselle Ternisien. Afortunadamente la niña Concha no entiende ni jota, porque ha de saber Ud. hermano mío, que ya puedo mentir en francés. Como hace más de dos años que estamos en Francia, ya casi hablo su idioma y correteo sobre él y lo pongo hecho un ayl de mi. Por dicha a sus tíos no les entra. En el momento en que escribo esta carta llega Mademoiselle Ternisien y me pregunta:—¿A quién escribe Ud.?—Y yo le respondo muy tranquila:—A mi hermano Sergio. Cuando Ud. me conteste, comience así su carta "Ma œsur cheri", para enseñar la carta a mi amiga.

De noche así que estoy acostada y la niña Concha duerme, cierro los ojos y me voy para la casa de San Francisco. Lo veo a Ud. tras la ventana enrejada, la calle con su palo de jícara en lo alto de la cuesta, la ladrillera, la iglesita, los naranjos de la entrada: paseo por aquellos ladrillos lustrados de mis culpas, oigo los pájaros de su tío José...sobre todo el jilguero que cantaba tan triste y que Ud. decía que su canto lo hacía pensar en el quejido que hacían las bisagras herrumbradas de un jardín abandonado que había cerca de su casa.

Anoche recordaba riendo y con ganillas de llorar cuando jugábamos de Hansel y Gretel en el cafetal de la casa de San Francisco. Lo ha olvidado? Nos imaginábamos perdidos en él, y yo procuraba que saliéramos a la otra calle, al rancho de ña Narcisa que representaba la Casita de Turrón. Se acuerda de lo asustada que nos miraba la viejita cuando me veía salir corriendo con su silla? ¡Pobre ña Narcisa! Lo menos que suponía era que para nosotros era la bruja que comía chiquitos.

Tengo unas ganas de verlo, querido hermano! Adiós. ¡Qué largo que estoy de Ud.! Pero muchas veces le pongo a mi corazón las Botas de Siete Leguas del Pulgarcito y lo mando a que dé una vuelta a su silla.

ANA MARÍA ESQUIVEL

Mi querido hermano: Qué le parece que hasta hoy no caigo en que no tengo apellido? Ana María de Qué? Nunca se me había ocurrido pensar en ésto. La niña Concha dice que en el Hospicio le dijeron que estaba inscrita sin apellido. Pero como soy su hermana, me pongo el que Ud. lleva y así soy Ana María Esquivel.

La Carta de Ana María no tenía puntuación ni ortografía. Tentado estuve a que se imprimiera tal como salió de sus manos, pero un escrúpulo tonto como lo son casi todos los escrúpulos, me detuvo y ahora me pesa. La ortografía fué materia intrincada para su inteligencia que jamás logró retener una regla. Su pensamiento bajaba a su pluma que se echaba a correr sin pensar en comas ni puntos, ni a meditar ante una de esas palabras ambiguas que pueden ser con s o c o llevar la h que con su mudez resulta una incomodidad sobre todo para las mujeres.

También desde que escribió a su amigo la primera carta, dejó el vos familiar y lo trató de Ud.

En el Colegio de los Salesianos

SERGIO estuvo tres años en el Seminario. Al cabo de ellos, el padre vino a hablarle de malos negocios y de la necesidad de aminorar sus gastos. La pensión que tenía que pagar por Sergio era muy crecida y le propuso llevarlo a su casa.

Juan Pablo se había divorciado de Cinta y casado civilmente con su otra mujer. Gracia se vió obligada a vivir en este hogar—y supiera Judas—como decía mama Canducha—las crujiidas que pasaría la pobre, pues a sus oídos llegara el cuento de que la nueva esposa no era nada cómoda. A la proposición de su padre, contestó el muchacho muy resuelto, que si se le llevaba allí, encontraría el medio de matarse. Prefería que lo dejara en la calle pidiendo limosna. La hermana Concha no daba señales de regresar. Su peregrinación por Europa en busca de salud quién sabe cuando terminaría.

Juan Pablo encontró en la respuesta de su hijo un tono de doliente energía, que impresionó su alma de comerciante. Entonces resolvió llevarlo a Cartago al Colegio de los Salesianos.

Del diario de Sergio

29 de Marzo de 19... Hoy cumplo diecisiete años. Antes, en el día de mi cumpleaños, (pero ésto... cuan lejos está ya!) mamá me hacía una fiesta: en un extremo del corredor, suspendía una tinaja llena de confites y tosteles. Gracia y Merceditas traían sus amigas; las niñas se ponían en fila e iban a golpear con una vara, la tinaja, teniendo los ojos vendados. ¡Qué alboroto cuando una lograba quebrar la tinaja y la lluvia de golosinas se esparcía por el suelo! Después mamá repartía aquellas melcochas, con ajonjolí, tan blancas y suaves que hacían ella y mama Canducha, y que colocaban sobre hojas de limón o de naranjo. Y yo en mi silla era el rey de la fiesta.

Pero hoy la Tristeza, de quien soy el hijo muy amado, es quien me ha hecho una de sus fiestas: Esta mañana me sacó Miguel del Seminario y me llevó a la Estación del Atlántico donde me aguardaba mi padre para llevarme a Cartago.

Cuánto me ha conmovido el ver a este viejecillo querido, empujando mi silla, Calle de la Estación arriba! Marchaba sin hablar, pero yo lo sabía emocionado. Mientras oía el ruido que sus zapatones claveteados y las ruedas producían en la acera, he meditado en lo que habría sido de mi vida sin este anciano que vino de un país desconocido, del otro lado del mar, a mostrarme, a mí, que tengo los pies muertos,

el camino que eleva a la región de la Armonía, adonde se puede llegar sin ellos. Mi existencia no es el desierto, porque él me enseñó a escuchar... Su presencia la pobló de ríos, de bosques, de ciudades.

Cuál de los dos transeuntes que hemos encontrado, puede imaginar, que en este viejo mal vestido, con la cabeza cubierta por el casco sucio y verdoso que es un milagro de duración, hay encerrado un gran músico? El humilde afilador de cuchillos, el fabricante de juguetes que hacen las delicias de los niños, no es un virtuoso del violín, pero quizá su imperfección vale más: ama la música sencillamente, sin hacer de ella un medio de alcanzar gloria ni dinero.

Al escuchar sus pensamientos y sentimientos expresados con sonidos, me viene la idea de aquellos seres misteriosos y divinos que cuentan las leyendas que bajaban a la tierra disfrazados de mendigos.

Yo he vuelto la cabeza hacia él y le hablo con palabra temblorosa:—Miguel?

Se detiene y me mira con sus ojos azules, infantiles:

—¿Qué quieres?

Sin poderme contener, sin fijarme en que estoy en la calle y que hay ojos curiosos que nos contemplan, he cogido sus manos y las he cubierto de besos.

Luego hemos continuado nuestro camino.

Mi silla ha sido acomodada en un carro del tren. Ruedas sobre ruedas. Miguel y yo nos hemos abrazado largamente.

Mientras el tren rodaba a través de potreros secos y cafetales empolvados, mi imaginación se adelantaba y llegaba a mi nueva casa. Otra vez solicitudes pagadas y que son distribuidas equitativamente entre muchos lo mismo que la ración del pan y de carne. ¿Volveré a verme cuidado por manos que sólo a mí acaricien y atienden, por manos que mueva el amor y

no el dinero o la caridad? Pobre de mí, tan ansioso de afectos absolutos... de esos que entran en uno enteros y no repartidos! Quisiera recibir siempre el calor del Amor, como el Ecuador lo recibe del sol.

Dentro de mi cofre venía mi violín y al pensar en él mi espíritu se reconfortó. Sabía que no me sería dado, lo mismo que en el Seminario, dedicar a él todos los instantes de mi vida porque era preciso estudiar las curiosidades y exactitud de los números, las aventuras guerreras de Césares y Napoleones ¿Qué me importa a mí todo eso? ¿Qué se van a imaginar mis maestros que mientras giran el compás investigando teoremas o dan listas de batallas y de fechas, yo exploro el mundo de los sonidos? ¡Qué maravilloso es todo en él! Es como si mis ojos, mi sensibilidad, mi paladar y mi olfato se fueran a los oídos: percibo la forma de ellos, su color; me saben y despiden olores; son frescos, como el agua, ásperos, sedosos y tibios. Se unen y dan diferentes sensaciones: es un amanecer, una tempestad, un crepúsculo, la soledad, el silencio, un tumulto.

Mi silla ha rodado por las calles de Cartago y el chirrido de sus ruedas se me antojaba tímido y desconfiado. Lo primero que salió a recibirme fué un vientecillo helado que levantó nubes de polvo en torno mío. Me ha gustado el aspecto de esta ciudad que se reconstruye, con sus calles amplias, sus casitas de madera rodeadas casi todas de jardinillos y en el interior de las cuales, hasta de las más pobres se ve ondular el verde de los helechos. En el fondo se levantaba limpio de brumas el Irazú con sus faldas sembradas de caseríos.

El Colegio es un edificio en construcción; el antiguo fué destruído por el terremoto de 1910.

Salió a recibirnos el director, un viejo alto, cenceño, de rostro curtido y palabra bondadosa. Mi padre se despidió con sus acostumbradas palmaditas en el hombro y al verlo atrave-

sar la sala para irse tuve la revelación de lo que aquel ser significaba en mi vida. Me parecía tan extraño que este hombre fuera mi padre! Hasta entonces nunca reparara bien en su figura baja, rechoncha... Ví el aire de semejanza que guarda con su hermana Concepción... Al caminar le temblaba la carne. Mi padre!... Mi padre!... Y tuve tristeza al comprender que no me es querido.

El director empujó la silla y me llevó al interior. Los muchachos estaban en recreo en un patio con un palomar en el centro.

El dormitorio es un salón grande, feo, con las paredes sin encalar y que enseña las vigas del techo. A los lados dos hileras de lechos pobres e idénticos; al pie de cada uno hay una palangana de latón y una toalla. Por las ventanas se ve el cielo tan azul, sobre el que se desliza voluptuoso el vuelo de los zopilotes. Yo suspiro y el director me mira sonriendo con dulzura.

—¿ Está Ud. triste? me pregunta.

Sobre el girón azul que enmarca la ventana por donde mis ojos se azoman, flota el recuerdo de mi cuartito de chiquillo, tan tibio y tan alegre, con su cama blanca sus paredes tapizadas de papel claro con margaritas y mariposas pintadas; del techo mamá había suspendido un racimo de pequeños vidrios recortados en forma de triángulos o cuadrilongos que llenaban la habitación de música cuando entraba el viento. De noche, me dormía oyéndolos: por alguna rendija se colaba un soplo que los movía levemente, arrancaba de ellos sonidos tan suaves y yo me entregaba al sueño con la ilusión de que escuchaba caer las gotas de rocío que por la mañana encontraba entre las hierbas y las flores. El mirto que tenía mi edad me despertaba por las mañanas al golpear con sus hojas menudas en los cristales de la ventana.

En la noche así que todos duermen me he

incorporado en mi nuevo lecho, tan frío! y escucho la respiración de tantas criaturas que duermen a mi lado. ¿Qué signífico yo, en esos bultos que reposan junto a mí? En el fondo vela una luz mortecina que apenas si logra espantar las sombras a un paso de sí. ¿Qué harán los que yo amo? ¿En qué punto de la tierra dormirá mamá? ¿Aún estará en el Perú, aquel país que mi imaginación infantil concibiera de color de rosa?

Por algún agujero entra un rayo de Luna que viene a tenderse en mi almohada.



Miguel no viene a ver a Sergio hace dos meses. El muchacho ignora que su amigo ha vuelto ha embriagarse a menudo y que ultimamente el pobre afilador ha sido conducido al Asilo de Locos. Si logra salir de él, quizá cuente que otra vez, como allá en su país, su vida entró en "algo oscuro y confuso como una noche de muy larga duración."

En el "Diario de Sergio" hay una página que relata una visita de Candelaria:

Domingo 16 de julio: "Hoy domingo, después de la misa han venido a anunciarme una visita. Creí que era Miguel y lleno de alegría fui conducido al salón de recibo. Pero no era Miguel, sino mamá Canducha mi viejita querida. Nadie en el mundo me ama como ella: me lo han dicho, el abrazo que me dió y las lágrimas que de sus ojos cayeron en mis manos. Se había puesto su rebozo de seda a listas de vivos colores, oloroso a raíz de violeta, y su falda de merino verde, amplia y plegada. Estas prendas las conozco desde niño y creo que son mayores que yo; ella las guarda en el fondo de su cofre para las grandes ocasiones. No se hartaba de mirarme y sonreía mientras por sus

mejillas oscuras y arrugadas, corría el llanto, que para mí era como si hubiese hallado una rica veta de diamantes en un terreno inculto y escabroso. Las horas se nos fueron sin que nos percatáramos. Reíamos, hablábamos, suspirábamos haciendo recuerdos, sin fijarnos en los grupos de visitantes que había en torno nuestro. El profesor de Castellano, un padre que a mí no me gusta porque es algo charlatán, entró y al pasar cerca de nosotros nos dijo con su vocécilla afeminada: "pareceis un par de novios". Las otras visitas partieron, y ella no quería irse. Cuando sonó el pito del tren salió muy sofocada. No acabábamos de despedirnos. Después, toda la tarde he estado más alegre. Me parecía que en los salones había más luz, que mis compañeros eran muy amables y en la noche he tocado música de Mendelssohn".

Lo que Sergio ignora es que por ir a ver a "su muchacho", Candelaria se quedó sin ocupación porque su ama no quiso darle permiso ese domingo. Pero como ella no aguantaba ya la ausencia, le dejó sola la cocina y gastó casi todos sus ahorros en golosinas y chismes para Sergio. Este ignora también que la dejó el tren y que la pobre anciana vagó por las calles de Cartago, acongojada, sin saber que camino tomar; y muy tarde se guareció en una puerta, temblando bajo su rebozo a listas alegres y que una persona compasiva que la vió allí como a las once de la noche, se compadeció de ella y la llevó a su casa. Tampoco sabe Sergio que mucho le costó conseguir otra colocación y que en tanto que no la tenía tuvo que mendigar casi, hospitalidad.

En víspera de Navidad.—Padres y muchachos están atareados con el portal. En el am-

biente hay olor de uruca y musgo fresco y palpar de alegría. Me dejan tranquilo en un rincón y yo busco entre la música que me ha dado Miguel y escojo la Sonata en do menor de Beethoven. Entre esta música heroica, mi espíritu marcha lleno de entusiasmo. Olvido que soy Sergio y nada de lo que se mueve en torno mío, me toca. Vienen a interrumpirme porque hay visitas para mi. Quizá Miguel o mamá Canducha. En el trayecto supongo que es Miguel. ¡ Este Miguel que me tiene olvidado desde hace tanto tiempo !

Entro y veo a mi padre que se adelanta con tres niños morenuchos y esmirriados, bien vestidos, de doce, diez y siete años. Papá me abraza con su abrazo que no pasa de los hombros y señalando a los chiquillos:—Tus hermanos, Sergio: Juan Pablo, como yo, el mayor, José Joaquín ó Quincho como le decimos allá, éste, y Francisco. Allá quedan cuatro con Gracia. Ya los conocerás a todos. Los ha empujado hacia mi y habla riendo con una risilla forzada.

No me nace simpatía por ellos que me contemplan con recelo y curiosidad. Atraigo al menor porque sus ojos me recuerdan los de Gracia.

—Vamos, no piensan decir nada a su hermano?—les pregunta papá.—Te traen un regalo de Nochebuena, Sergio. Dáselo Juan Pablo.

El muchacho me entrega sin hablar un envoltorio y papá me dice que son corbatas y camisas. Les doy las gracias sin entusiasmo. Se nota que desea establecer las relaciones entre sus hijos y está locuaz como nunca lo viera hasta entonces. Me cuenta que vienen de San José a donde han ido a comprar una barbaridad de cosas, muchas de las cuales enviaron en carreta al Paraíso, a la finca en que viven ahora y que hace poco comprara. Lo más delicado, los regalos para la mamá y los

niños ha preferido hacerlos en persona, y son todos esos paquetes que los rodean. En la noche tendrán una cena... Y sonrío mirándonos alternativamente.

Uno de sus hijos se le ha sentado en el regazo y él le acaricia la mejilla; los otros se apoyan en sus hombros. Yo recuerdo que nosotros jamás osábamos acercarnos a él.

Le digo al menor que le de a Gracia un beso en mi nombre.

Se despiden y yo no he podido oír la voz de mis hermanos. Los miro partir sin pena, vuelvo a mi violín y mi padre y ellos quedan olvidados a la puerta de la Sonata en do menor.



Día de Año Nuevo.—Mis compañeros juegan en el patio y sus gritos se confunden con el arrullo de las palomas. Hay una garúa finísima y los rayos del sol irisan. Estoy alegre sin saber porqué.

El director viene a decirme que una señora desea verme y llama a uno de los muchachos para que me lleve:

La luz del exterior me ha deslumbrado y entro en el salón oscuro sin distinguir lo que me rodea. Antes de que me de cuenta de ello, una nube de tules y de perfume me envuelve; hay besos apasionados en mi rostro y una voz sollozante, que yo conozco, exclama:—¡ Sergio, mi hijito!

Por un momento la noción de las cosas se pierde para mi... en las ventanas se borra la luz... Al volver en mí, tengo apoyada la cabeza en el pecho de mamá. Cojo sus manos y las beso con el corazón puesto en los labios que tropiezan con la cabritilla de los guantes. A traigo su cabeza y le cubro de besos la cara. No puedo hablar, es como si fuera a morir.

Sí, no es ilusión, es mamá, siempre tan linda, con su cara de chiquilla morena y sonrosada. Bajo su sombrero asoman sus colochos negros, inquietos y brillantes. Hace ya casi nueve años que esa cabeza infantil estuvo acostada en mi almohada, al lado de la mía, por última vez.

Viste un lindo traje de seda gris y un gracioso sombrero de paja adornado con una gran rosa encarnada.

Detrás de mí suena un gorjeo. Mamá se aparta y la veo acercarse con dos niños de la mano de los cuales no me había dado cuenta porque estaban fuera de mi vista: una niña de unos ocho años, vestida de blanco con un dulce rostro pálido, de grandes ojos claros, y un chacalincillo de dos, cuya carita blanca y sonrosada asoma como una flor entre los encajes de su vestido.

—Son tus hermanos, Sergio: Noemi y Rafaelito. Hay otro, Rodrigo, que dejé en casa porque está acatarrado.

Recordé la escena de papá presentándome también sus hijos, como a un extraño: Juan Pablo, Quincho, Francisco...

No se porque estos otros hermanos me han atraído más... Tal vez porque son de mamá.

Sonrei al bebé que con pasos menudos se acercaba a mí con la boca hecha una fiesta y tendiéndome confiado sus bracitos. En Noemi, vi resucitar de pronto la sonrisa de Mercedes. Los besé con infinita ternura... En mis labios estaba todavía mi corazón que asomara a ellos al saber a mamá cerca. La niña me miró sorprendida al sentir mis lágrimas sobre sus mejillas.

El pequeño rió y retozó en mi regazo y me llamó papá. Mamá rodó la silla por el salón y al verse correr en ella, gritó encantado. Los retratos de los graves sacerdotes, que ornaban las paredes, parecían sonreír benignamente al escuchar aquella charla de pajarito.

Noemi no habló: se limitó a contemplarme con sus grandes ojos claros y cuando mis miradas se encontraban con las suyas, era como si la sonrisa de mi hermanita muerta asomara por sus labios.

Se lo hice notar a mamá que me contestó:— Y es silenciosa y buena como ella.—Se enjugó los ojos y se quedó grave.—Luego me dijo:— ¡ He vuelto a Costa Rica porque no podía más ! ¡ Hay, Sergio ! Vivo con el pensamiento partido en dos: una mitad con Uds., la otra con ellos—con el gesto señalaba a sus otros hijos.

Hacía quince días que llegara y no había hecho más que buscarnos. Logró dar con Candelaria que la puso al corriente de nuestra suerte... lo de Merceditas ! ¡ Y de esta muerte ella tenía la culpa. Que Dios la perdonara ! A la pobre Gracia no la podría ver. Cuando yo la viera le daría muchos besos que ella le dejaba. Ya no vivía en el Perú sino en Colombia y me dejó una tarjeta con sus señas para que le escribiese. Solamente quince días más estaría en Cartago, tenía que regresar donde estaba su marido.

Hay ! Otros hijos y otros intereses. A ratos hablaba con seriedad y tristeza: por sus ojos y su boca pasaba un soplo y yo creía que la pena iba a apagarlos, pero enseguida la llama se reanimaba y entonces me parecía ver su alma, un alma en la que no había el recuerdo de su hijita muerta, ni el de Gracia, ni el de Sergio que iba por la vida en una silla de ruedas.

Con los ojos hubiera querido meterla entre mi corazón para que nada ni nadie pudiera sacármela de allí.

Mamá se levanta. Me promete volver todos los días mientras estén allí. ¿ Porqué dentro de mí hay algo que me duele mucho cuando me dicen adiós ? Quisiera morir mientras los rodeo con mis brazos. Mamá abre su portamonedas y quiere dejarme dinero, pero se lo im-

pido. No se porqué ésto me ha dolido como si me hubiese ofrecido una limosna. Le pido su retrato y el de los niños y me ofrece traerlo cuando vuelva.

Se baja el velo de su sombrero y se aleja, con su taconeo gracioso que no oigo tantos años hace, y dejando tras sí el zusurro de su traje de seda y su perfume. Ya en la puerta hace que el niño me tire un beso con la punta de sus dedos, Noemi me sonríe y ella agita su mano enguantada.

No puedo resistir y le grito, con voz estrujada por la pena:—Mamá, levanta el velo para mirarte otra vez!

Lo hace y... qué tonto soy!... me maltrata el que su rostro esté iluminado como siempre y no oscurecido por la pena. ¡No habrá en su interior una desolación semejante a la que rebosa en mi?

Mis oídos se quedan atentos a los pasos y a las voces que se alejan...

* * *

Pero Sergio no volvió a ver a Cinta, porque el padre que supo que estaba en Cartago, supuso que lo hacía por Sergio y vino a dar orden al Colegio que no le permitieran a su hijo salir cuando esta mujer viniese.

Un cariño que torna

ANA María ha regresado y Sergio ha vuelto al caserón de San Francisco gracias a su amiga.

He aquí que la víspera de la última operación que sufriera la tía Concha, Anita explotó la sensibilidad excitada de su ama que no hallaba que promesa hacer ni que santo apelar para salir bien del apurado trance. La muchacha inventó una inocente mentira que podía redundar en provecho de Sergio de quien hacía poco había recibido una carta muy triste: dijo haber tenido un sueño en que oyera una voz que la aconsejaba prometer a la Virgen del Socorro velar por Sergio que era un ser abandonado y que en cambio la Virgen haría porque la operación tuviese buen éxito. La acongojada señora convino enternecida. La operación estuvo feliz y se emprendió el regreso a la patria después de seis años de ausencia. Ya establecidos de nuevo en la casona de San Francisco, Ana María recordó lo prometido, y Sergio pudo volver al lado de Anita.

* * *

Sin embargo, la Ana María que tornaba era bien diferente a la que él viera partir. El contaba veinte años y ella dieciocho, pero Sergio

tenía el aspecto de un niño, mientras que ella era ya una mujer.

Para Sergio aquello tenía algo de hechicería. Sabía que era la misma arcilla pero modelada en otra forma: Ahora el cabello es largo y va peinado con coquetería; son los mismos ojos de cabra, pero no traviesos como antaño, sino que en ellos se arremansa el pensamiento... la luz que estaba a flor de pupila, se ha ido a iluminar allá muy hondo; es la misma graciosa naricilla ñata que no husmea travesuras sino filosofías muy complicadas; los camanances se abren en unas mejillas redondeadas, por sobre las cuales la juventud ha esparcido su polvillo rosado, pero en ellos la picardía de la chicuela, dijérase que se ha puesto a meditar en algo infinitamente delicado. Sus movimientos dejaron entre la niñez su ruido y su brusquedad y ahora se hacen en silenciosas y suaves líneas curvas. Sobre la Anita que tiene Sergio ante los ojos, el ensueño ha tendido sus velos... es casi linda, pero su egoísmo echa de menos a la peloncilla descalza, trajeada de azul, que surgía de entre los rincones, con su aspecto de duendecillo amable y que ceñía con sus brazos su cuello cuando él estaba triste.

Otra vez la tía Concha y el tío José con sus begonias y sus pájaros, otra vez los pisos encerados y el cuarto habitado en las noches, por grandes sombras que ya no lo horrorizaban como en lejanos días, y el tic-tac del gran péndulo que le da la impresión de que oye caer las gotas del tiempo, enormes y pesadas, en la eternidad.

Más Ana María, era otra. ¿Porqué la sentía Sergio lejos de sí? ¿No lo trataba con cariñosa devoción? Sí; sus manos eran vasos rebosantes de ternura que en todos los instantes estaban prestos a volcarse sobre él.

Pero qué iba a ser la misma! Sergio tenía razón: Ana María tornaba enamorada: lo conoció a bordo. Era un costarricense que como

ella, volvía a su país. Se gustaron y se buscaron y ahora él venía todas las noches a hablar con ella por las rejas de su ventana. Y la dicha de su amiga, punzó su contento. ¡Qué tonto era! Y este sentimiento extraño e inefable se convirtió en armonías y fué entonces que escribiera por primera vez los sonidos que escuchaba en su interior, su primera "Romanza sin palabras". un pozo de música de esos que sólo conmueven a la gente joven y romántica y que hace estirar los labios despectivamente a los músicos viejos de gusto depurado.

Sergio atisbó a la enamorada mujercita. ¡Qué callada se había hecho Ana María! A veces la veía mirar fijamente y sonreír a la escoba, al mueble que limpiaba, al ladrillo que bruñía o quedar en éxtasis ante una pared.

—Qué hay Anita, qué está viendo?—le preguntaba.

Y ella sacudía la cabeza, parpadeaba y respondía encendida:

—Nada criatura, qué quiere Ud. que vea?

En otras ocasiones observaba que el rostro de Anita andaba apagado y sin la menor señal de camanances. La llamaba, la sentaba a sus pies y le acariciaba la cabeza. Y como si este fuera un llamamiento, comenzaban a asomar lágrimas, y temblaban un instante en el párpado y luego se echaban a rodar, mejillas abajo.

A fuerza de mimos lograba arrancarle el secreto de su pena:

—Ay Sergio, anoche no vino!

Cuando la pena la invadía, Sergio la sentía más cerca de sí: lo buscaba y le relataba sus congojas; la dicha la alejaba de él e iba a saborearla en los rincones en los que se refugiaba con telas, aguja, dedal e hilo... pero Sergio la sorprendía con la aguja en alto, la tela abandonada en el regazo, los ojos fijos en el espacio y sonrisas y camanances...

Sergio que se volvía filósofo, sacaba conclu-

siones: La alegría es egoísta, avara y las gentes se esconden para sacarla al sol y contemplarla a sus anchas; la amargura es pródiga y gusta de tocarlo todo con su hiel.

De noche desde su lecho oía el murmullo de la conversación de los dos amantes, sus risas y sus besos. Y la visión del Amor apareció en su vida, bella y luminosa como una estrella lejana, prendida del fondo de la noche. Jamás a sus ojos subieron lágrimas más ardientes ni el dolor fué tan embriagador. Fué entonces que comenzó a vibrar dentro de su ser una de sus creaciones musicales más hermosas.

* * *

Un día volvió Miguel. Hacía casi dos años, que Sergio no tenía noticias suyas. A ruegos de su amigo, Ana María hizo investigaciones, pero en vano, nadie daba razón del viejo afilador.

Para la gente todos los afiladores son uno solo: "El afilador". Allí va "El afilador".

¿Quién iba a reparar ni a echar de menos a este viejecillo de traje de panilla color castaño y poblado de remiendos, cubierta la cabeza con un extraño sombrero, de barba aurea con reflejos plateados, entre la que florecían sus ojos azules como miosotis entre el musgo seco? ¿Que obligación tienen las personas ocupadas en fijarse en el que hace serviciales sus instrumentos inutilizados por el uso? Por un momento saben que a la puerta de su casa un afilador saca filo a sus tijeras y cuchillos, quizá ven que espigas de chispas brotan de la piedra. Sin pensar dan las monedas insignificantes que hay que pagar por el trabajo, y el afilador está olvidado.

Algunos niños fueron los que notaron la au-

sencia del viejito afilador cuya máquina no era igual a la de los otros.

Ellos habían observado que la armazón de ésta era de madera con adornos labrados y siempre muy limpia; llevaba una multitud de cajitas de esas en que vienen conservas, encontradas seguramente en la calle, bruñidas, con tapas adornadas por sus manos, dentro de las que se hallaban ordenados y relucientes gran cantidad de instrumentitos y en una de las ruedas había un aro con dos conejillos esculpidos que huían en carrera loca cuando esta giraba. El silbato estaba guardado en un estuche en el que la cuchilla dejó en relieve un gato que se afilaba las uñas en una rueda. Todas estas cosas insignificantes para los grandes hacían la dicha de los chiquillos que gustaban de rodear su máquina y fisgonear por todo. El los dejaba hacer, les explicaba el servicio que cada cosa prestaba, y a veces les regalaba juguetes hechos por sus manos.

Miguel volvió más viejo, con el cuerpo muy inclinado y entre la barba apenas si quedaba una que otra hebra rubia.

A las preguntas de Sergio que inquirían sobre su ausencia respondió que había salido el día anterior del Asilo Chapuf; que enseguida había marchado a pie a Cartago a buscarlo; que el señor Director le dió hospitalidad en el Colegio y dinero para que regresara en el tren.

Antes... él no sabía.

Sergio encontró en los ojos del anciano, algo que lo desconcertó... Era como si entre ellos hubiera aún, polvo de aquel país misterioso de donde tornara.

* * *

Ana María se ha convertido en una taciturna criatura. No ha vuelto a reirse con la escoba, ni a quedarse en éxtasis ante las pare.

des. Hace tiempos que Sergio no escucha rumor de risas y besos, porque en la ventana no hay citas. La muchacha ha enflaquecido; de sus mejillas voló el polvillo sonrosado que esparce la juventud dichosa. Ha descuidado sus trajes y su peinado no se levanta triunfante sobre su cabeza, sino que cae en trenzas lánguidas por su espalda curvada. Tampoco llora, y a menudo Sergio la sorprende sentada, con las manos cruzadas sobre las rodillas, con los ojos sombríos fijos en los ladrillos que en otros días fueran contemplados con sonrisas. Sergio adivinó que la causa es la ausencia del hombre a quien esta criatura primitiva que ha vivido casi aislada, ama con todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu.

Pobre Ana María, que un día le dijo:—Sabe cómo es amar, Sergio? ¿Recuerda aquel prisma que le di cuando era chiquilla? Pues hágase de cuentas que de pronto siente que le han puesto un prisma ante los ojos, pero no en los de la cara, sino en unos que se deben tener en el corazón, que no se quita de allí... Y todo se pone a brillar más, y uno quisiera reirse hasta con las piedras. Parece que alguien hubiera bañado la vida en ese color que tienen las cosas cuando ya va a salir el sol...

Y otro día le hizo la confidencia de que ya no sabía dónde acababa ella y comenzaba Diego. Más bien creía que ella ya no estaba en ella, pues no había pedacito en su cuerpo que no pensara en aquel hombre:

Un día Sergio se atreve a preguntarle:

—Anita, está enfermo Diego?

—No—se le contesta con voz sombría.

Los meses transcurren en esta situación.

Una noche, en altas horas, Sergio despierta sobresaltado. En la casa pasa algo insólito: se oyen carreras de la tía Concha y de las dos sirvientas y las voces fingidas que hace el tío José cuando está preocupado. Llama y nadie acude a sus voces.

De pronto la señora entra, se deja caer en una silla y prorrumpe en sollozos. La zozobra de Sergio llega al colmo.

—Por Dios, tía Concha! Qué pasa?

Entre convulsiones contesta:

—Ay! Sergio! He albergado en mi pecho una víbora!

—Tía Concha! Una víbora! La ha picado?

Sergio es ingénuo y ha tomado el decir al pie de la letra. Quisiera arrojarle del lecho e ir en auxilio de su tía.

Un lloro de niño recién nacido llega a sus oídos. El ama de la casa solloza con más fuerza.

—Dios mío! Y lo que tengo que oír en mi propia casa! Que el Señor le de a uno paciencia! Has visto cómo nos paga Ana María? No ves que acaba de tener un hijo?

Los gritos del recién nacido pueblan la oscuridad de la noche. Son desahorados y nada los calma; dijérase que ponen a prueba la paciencia de la tía Concha que se yergue en actitud trágica:—Y decir que la he paseado por Europa! Has criado un cuervo Concepción, que te saca ahora los ojos!

Y más tranquilo, Sergio se burla:—El careado paseo por Europa de Ana María, eternamente prendida de aquella vieja enferma e impertinente!

* * *

Al día siguiente, la niña Concha, envía recado muy temprano a su íntima amiga la niña Queta Alvarado, vieja doncella altamente estimada por ella, porque pertenece a una de las familias de más campanillas en el país. Quiere pedirle un consejo que la ilumine en el oscuro camino en que la ha metido la conducta de Ana María. Así se lo ha dicho al ver entrar a su mentor con faldas.

Toda la mañana la han pasado las dos señoras en conferencia en la sala de fúnebres muebles, y Sergio desde el corredor ha oído varias veces a su tía hablar del Hospicio de Huérfanos, "de donde sacara a esta ingrata criatura para tratarla como a una hija" y "del viaje por Europa". Por fin la niña Queta Alvarado se levanta y con dignidad episcopal se dirige al cuarto de la pecadora.

Llega Miguel y aun cuando la tía Concha siempre lo ha mirado despectiva, lo acoge para narrar nuevamente la tremenda desventura. El viejo escucha en silencio y al cabo de una hora cuando ella termina el relato con los episodios del Hospicio de Huérfanos y del "viaje por Europa", replica con tranquilidad:—No hay que asustarse, señora, que esos arranques son muy naturales en la gente joven. Lo que hay que hacer, es no despreciar a esta muchacha, ni abrumarla, sino ayudarle para que no coja un mal camino. A usted no le parece muy natural que sus rosales den rosas y su vaca alazana críos? Y a ellos los bendice nada más que Dios.

La niña Concha levanta el grito al cielo:—Qué ocurrencia! Cómo va a ser lo mismo una mata o un animal que un cristiano con uso de razón?

Miguel va a buscar a Sergio. Comprende que los ha oído y le dice:—Has de creer que las mujeres jóvenes y sanas como Ana María, son lo mismo que flores para mí? En cada flor que encuentro, veo la promesa de un fruto y en cada mujer fresca y sana, la promesa de un hijo. Y ésto sin recordar que hay sacerdotes y gobernadores.



Sergio ha esperado todo el día que Ana María lo llame, pero ésto no sucede. Ya en la tar-



de, cansado de aguardar, suplica a una de las sirvientas que le pregunte si puede ir a verla. Ella consiente y Engracia lo lleva.

Está muy pálida. A su lado, con los puños apretados bajo la cara, duerme su hijito tan enrollado en los pañales que parece un puro.

Al ver a Sergio, Ana María llora. El pide que le coloquen al niño en los brazos y se pone a mecerlo con torpe ternura.

—Porqué llora Anita?

—Tardaba tanto en venir Sergio, que creí que usted también estaría enojado... Como ya no tengo honra!...

—Esperaba que me llamara. Viera qué ganas tenía de conocer a su hijito. Qué bonito es, Anita! Parece que han esculpido las facciones en una concha nácar.

Ella deja de llorar y se incorpora a medias para contemplar al niño. Sergio pasa una mano por la cabeza de su amiga:

—Verdad que nunca lo abandonará Ana María?

—Abandonarlo! Ah! No! Y tiende sus manos sobre su hijo, como para librarlo de algo amenazador.

En voz baja le hace confidencias:—Diego ya no la quiere; desde que supo que iba a tener un hijo, no volvió. Le dolía mucho pensar que Diego fuera desleal. Ella no lo llamó nunca. Hacía poco que él le había escrito diciéndole que no se casaría con ella, porque sus padres eran orgullosos y no permitirían que se uniera con una mujer de condición humilde. Además estaba tan joven, que el matrimonio lo que haría sería entorpecer su carrera; entre la carta venía un billete de cien colones que le fué devuelto. Ya no amaba a Diego. Una mano brutal arrancó este cariño de cuajo, pero como era tan hondo y había echado raíces en todo su ser, dejaba un hueco muy grande que quizá nunca se podría llenar.—Al oír ésto, Sergio sintió que las palabras de Ana María le hacían daño.

La niña Concha hablaba de obligar a Diego a casarse, pero ella no quería. Qué vergüenza! Prefería que la mataran.

Ana María quiere saber porqué la niña Concha dice que sólo casándose podría borrar la horrorosa mancha que ha caído sobre ella. La niña Queta Alvarado, la íntima amiga de la niña Concha, vino esta mañana a aconsejarle que diera el niño a una señora casada conocida suya, sin familia, que deseaba un hijo. Así todo podría quedar entre casa y nadie se enteraría.

Pero Sergio, que lo mismo que Ana María ha vivido lejos del comercio social, no se explica porqué la venida de un ser al mundo sea causa de tantos espavientos, como si fuese un suceso que se viera allá cada siglo. A la tía Concha no hay que hacerle mucho caso, ya ellos saben que le gusta repetir con énfasis las frases que encuentra en las novelas que lee. Además, Sergio ha observado que sus tíos no ven un milímetro bajo la piel... Ellos saben de begonias, de rosas que se venden a peseta cada una y de yigüirros y chorchas, pero de sentimientos!... Si acaso, habrán oído la palabra. Para él, Ana María es la misma, o mejor dicho no, porque ahora tendrá que hacer un lugar más grande entre el corazón para acomodar junto a ella a su chiquillo. Porqué la niña Queta Alvarado le aconsejaba regalarlo, para que no se supiese que era su hijo? Esto sí sería para él quedar sin honra. Y en adelante no pensaría en Anita, sin imaginarla con el niño en el regazo. Ya que lo había llamado a la vida, debía ser su guía y su protección. Haría las veces del padre que se excusaba de cumplir con su obligación, pretextando que no podía saltar un vallado de pajas.

Qué extraño fué para Sergio que el nacimiento del chacalincillo de Ana María hubiese sido la causa de los lloros e imprecaciones de la tía Concha, del ceño adusto en el pasmado

tío José, de los cucbicheos y malicias de las criadas y del escándalo que se pintó en la boca bigotuda de la niña Queta Alvarado, que empleaba sus ternuras en vestir el Dulce Nombre de la iglesia del Carmen!

* * *

Es alta noche. Sergio no puede dormir porque el pensamiento del porvenir de Ana María que ha sido despedida de la casa, lo intranquiliza. Ha intercedido por ella con la tía Concha, pero en vano: si se deshiciera del niño, talvez podría quedarse, pero con él, no. Sería una incomodidad y además la cara se le asaría de vergüenza. Qué dirían? Que era una consentidora, y no, ella quería levantar siempre su frente muy alta en todas partes. Que nadie tuviera que tachar nada a Concepción de Rodríguez. Sergio ha logrado que la hospede una semana más, mientras consigue donde refugiarse. Además ha enviado a Miguel a que le empeñe un vestido en el Monte de Piedad, para poder ayudar a su amiga con algún dinero.

Miguel también desea servirla pero no tiene nada que vender ni empeñar: ignora el paradero de su máquina de afilar que era todo su haber. Piensan en el violín... mas, eso será lo último de que se desharán. Es verano, la época de los grandes vientos, y una hoja que mira girar Miguel en su rama, le sugiere una idea: con poco dinero compra cartón y papeles de colores y hace juguetes propios para el tiempo: molinos de viento, veletas, barquitos y carros con velas y los sale a vender prendidos en el extremo de una vara. Al poco rato los chiquillos corren tras él y a la hora, todos los ha vendido. Con la ganancia emprende el negocio más en grandes; no ha vuelto a dormir de noche, elaborando los juguetes y en esa mañana ha llegado con veinticinco colones que

ha entregado a Sergio para Ana María. El violín se ha salvado.

La única persona a quien ella puede volver los ojos es a una mujer que sirvió en la casa, buena como un pedazo de pan blanco, quien siempre la demostrara gran afecto. Es una pobre viuda con cuatro hijos que vive sabe Dios cómo, en un pueblecito en las faldas del Barba. Ana María le ha escrito pidiendo hospitalidad: le promete no ser una carga sino una ayuda. La contestación ha venido y nadie ha reparado en los borrones que trae el papel, en las letras del tamaño de una bellota, ni en la sintaxis irreverente, sino en el generoso pensamiento que brilla entre todo eso como una perla entre una hojarasca: "que se venga Ana María. La casa es un huevito, pero para ellos será un placer encogerse y dejarles un campo; y donde come uno, comen dos: frijoles, plátano y bebida, Dios primero no les faltará".

Y la pobre carta escrita fuera del reino de la Gramática, agujereó como una estrella la oscuridad de estas almas ansiosas, y fué más preciosa para ellas que si les hubieran ofrecido todas las grandes obras clásicas de la tierra.

El reloj ha dado la una. Se oye un ruido y la figura de Ana María surge de un rincón, como hace muchos años, pero ahora ella no es el duendecillo, que éste viene en sus brazos.

—Está usted loca Anita? Qué viene a hacer con su hijo? No ve que se puede resfriar?
—exclama Sergio al verla.

—Es que venimos a decirle adiós, Sergio. No se resfriará, viene bien envuelto. Nos iremos temprano para tener tiempo de tomar el tren de las ocho. Y como no me animaré a entrar aquí delante de sus tíos, he venido ahora. Quiero salir mañana sin que me vean.

Sergio toma el niño en sus brazos y lo estrecha emocionado contra su pecho.

—Querría usted ser su padrino? Me gustaría que se llamara Sergio como usted.

—Sí, seré su padrino porque nadie en el mundo lo querrá como yo. Temo traerle mala suerte. Quiera Dios que sea un Sergio dichoso.

Sobre la cabecita que es un capullo de esperanza se abrazan y lloran.

—Se acuerda Ana María cuando recién llegado a esta casa, venía a media noche a consolar-me? Ha sido usted muy buena conmigo Anita, que Dios la bendiga. Cuide mucho a mi ahijadito que también es mi sobrino. Verdad que nunca lo abandonaré? Júreme que jamás por nada ni por nadie en el mundo lo abandonará?

—No sea tonto Sergio.—Y coge a su hijo de los brazos de él y lo estrecha anhelante contra su seno.—De sólo oírlo decir, me estremezco. No vuelva a decir eso Sergio. Adiós.

—Adiós Anita, no deje de escribirme.

El escalofrío que produce el abandono recorre su cuerpo. Se deja caer y llora con ese modo de llorar que tienen los que no esperan consuelo. Muy lejos, en el tiempo, quedó la chiquilla encantadora e inocente que venía a rodearle el cuello con sus brazos y a llorar con él. Sólo se escucha el péndulo que no se cansa de arrojar segundos en la boca de la eternidad.

Miguel ha venido al día siguiente muy temprano, ha acomodado a Sergio en su silla y lo ha colocado cerca de la ventana; luego se ha ido a ayudar a Ana María. Por fin salen: Ana María arrebujada en un manto negro bajo el cual abriga a su hijo y tras ella, Miguel encorvado, con la maleta de los viajeros a la espalda. Ella se acerca a la reja, descubre al niño y le habla como si fuera comprendida:—Dígale adiós a su padrino y dígame también que su madre lo enseñará a quererlo sobre todas las cosas.—Al decir esto, sonrío y llora. Introduce la mano por los barrotes y Sergio la estrecha.

Cuando a las ocho oye el pito del tren que parte, tiende las manos hacia el Este y murmura: Adiós Ana María !...

Entre los Incurables

LA vida en esta casa después de lo ocurrido con Ana María se le hacía a Sergio insostenible. Escribió a su padre suplicándole que lo mandara al Hospicio de Incurables. Alegaba que sin la muchacha, que era quien más cuidaba de él, su presencia constituía una verdadera carga para la tía Concha, que con sus enfermedades y el reumatismo del tío José, tenía de sobra. La vieja señora no se hizo rogar mucho y ella misma puso en juego sus amistades con altas damas católicas, para que su sobrino fuese admitido donde deseaba, mediante una pensión. También consiguió que mamá Canducha pudiese vivir a su lado. Fué en la mañana de un domingo de marzo, cuando Sergio abandonó para siempre la casona de San Francisco. A pesar de todo, le dolía dejar aquello que por tanto tiempo estuviera dentro de su horizonte: la iglesita que no acababa nunca de construirse, con sus torres a medio hacer, levantando hacia el cielo sus paredes desnudas que enseñaban la aspereza de ladrillos y mortero, como una anhelosa oración recitada por labios torpes. Y así tal cual era, con sus muros sin revocar, sus ventanas sin vidrieras, las naves que mostraban la fealdad de la armazón y el polvo del suelo sin pavimento, había acabado por serle querida. Las campanas que anidaban en las torres junto con las golondrinas le eran familiares, y a una

y a otras escuchaba sonriendo. Allí quedaba la plazoleta en la cual tantas veces se pasearan sus ojos sin ver nada, mientras su pensamiento rumiaba memorias dolorosas.

En este domingo se celebraba un turno de los que acostumbran hacer los vecinos para recolectar fondos con que terminar el templo. Habían levantado en la pequeña plaza, chinamos dentro de los cuales se movía una turba de mujeres cuya charla hacía pensar en un gallinero. Se las veía trajinar con canastos llenos de tamales, platonos con gallinas compostas, y el aire brillante de la mañana estaba poblado por el humo de las fogatas, olor de guisos, voces de mujeres y gritos de chiquillos. De rato en rato la música metálica y parrandera de la filarmonía de Guadalupe que fuera contratada para la fiesta, dominaba con su barullo los demás ruidos.

Como en anteriores ocasiones, Miguel conducía la silla a su nuevo destino. Sergio prefería ir así, porque evitaba molestias a las gentes, que habría dado yendo en coche.

La silla emprendió el camino hacia el Hospicio de Incurables y dejó atrás el bullicio del turno.

La luz del domingo tendía por doquiera su risueña pereza saturada de aroma de los tuetes en flor. Las casas que se alineaban a ambos lados del camino, tenían un aspecto de ingénua alegría con sus paredes encaladas de colores vivos: blanco, azul, rosado, amarillo, y rodeadas de jardinillos, en algunos de los cuales crecían las pastoras que llevan en el extremo de sus ramas hojas que parecen explosiones de sangre. En los corredores y en las tapias había guarías adornadas con sus maravillosos racimos de flores moradas. Las campanas de los caceríos vecinos llamaban a misa y se creía ver pasar los repiques frescos y místicos como una procesión de Hijas de María, formada por doncellas de quince años, con su traje blanco

y su manto celeste. Encontraron grupos de campesinos que iban a la ciudad dejando tras sí el rumor de sus ropas engomadas y de sus pies descalzos.

Sergio hacía de sus ojos y de sus oídos, una esponja que absorbía todo lo que miraba y oía, para guardarlo dentro de sí. Nada era indiferente a este espíritu tendido como una red fija, atento a lo que la corriente de la vida dejara entre sus mallas.

No marchaba desolado a su destino como en aquellas otras veces en que su silla arrumbara hacia una nueva habitación. No esperaba placeres; pero al recordar que con él vivirían su violín y mamá Canducha, experimentaba una sensación de bienestar. Iba preparado a habitar al lado de muchas miserias. Cuando pensaba en ésto, se decía que aliviaría todas aquellas que pudiera.

El edificio de los Incurables está situado en un lugar elevado y pintoresco, rodeado de jardines y cafetales; en torno de sus dependencias, potreros y campos cultivados, y a lo lejos, la ciudad, cuyos tejados brillaban en aquel momento bajo un sol rojo por el humo de las quemas.

Encontró muy agradable su cuartito por el cual anduvieran ya las amantes manos de mamá Canducha. Era una pieza de madera adosada a una de las salas del edificio, habitada en otro tiempo por el jardinero y cuyas paredes y techo desaparecían bajo el dosel formado por un jazmín trepador, que ponía por todas partes sus estrellitas blancas y perfumadas. Por la ventana se divisaban los prados, la hondonada por donde corre el Torres y muy distante, la ciudad. Por entre un grupo de cipreses asomaban las torres de la iglesita de San Francisco, y Sergio las saludó con la mano. Ah! No lo abandonaban! y se prometió que cada día sus ojos les harían una visita. De un clavo pendía el violín dentro de su caja negra y de

otro el estuche del atril. Allí estaba su cofre y su estante lleno de papeles de música y con unos cuantos libros. La pared estaba adornada con fotograffas de su madre, de sus hermanas, de Ana María y las reproducciones de los retratos de Beethoven, de Haydn el predilecto de Miguel y de Chopin y en un rincón, su cama bien arreglada. Mama Canducha andaba todavía dando el último toque a cada objeto. Sergio miró en torno suyo y casi se sintió alegre.

Carta de Ana María a Sergio

MI querido hermano Sergio: No le escribí apenas llegué porque he tenido a mi muchachito muy enfermo más de ocho días. A Dios gracias ya está bueno. Estuve más afligida! Creí que se me iba a morir.

La pobre Rosa y sus hijos nos han recibido como habrían recibido al presidente. Es una gente muy buena y su pobreza que tiene tantas ternuras para mi hijo y para mi, se parece a la choza en que me han recibido: la niña Concha diría que es miserable, pero yo se que es limpia y está llena de rendijas por donde el sol sabe meter sus dedos tibios y dorados, y que escapan quién sabe porqué milagro a los de la lluvia, tan fríos y desconsoladores.

Viera como me pastorean todos a Sergio. Apenas llora lo cogen y no saben que hacer con él. Talvez esto es educarlo mal. Qué le parece a usted? Pero es que da lástima dejarlo llorar, cuando uno sabe que poniéndolo en los brazos se queda tranquilo. Verdad que es mejor no dejarlo llorar?

Yo procuro ayudar a Rosa en todo lo que puedo. Ahora aprendo a tejer canastos. El hijo mayor de Rosa sube a la montaña y nos trae el bejuco. Es muy duro y a mi me sangran las manos, pero ya me acostumbraré. El sábado iré Jesús a vender los que hemos hecho, al mercado de Heredia. He aconsejado a los hijos de Rosa que rieguen por el pueblo la nueva de

que yo se coser. Recuerdo que a usted le gustaban los vestidos que hice para mí y para la niña Concha. El año que vivimos en París, aprendí a coser y a hacer sombreros con una francesita hija de la dueña del hotel en que habitábamos.

A ratos me desconsuelo, pero me pongo a ver a mi hijo y el valor me vuelve. Siempre tengo en la memoria lo que usted me dijo, de que ya que lo llamé a este mundo, debo de ser su guía y su protección.

La casita de Rosa queda en una eminencia. Al frente tiene un jardín que es un juguete, lleno de chinas de colores, de miramelindos y con dos palitos de uruca que tienen siempre todo oloroso a fiesta. De noche, así que se me duerme Sergio, me voy a sentar al corredor, desde donde se ven las luces de San José. Sabe que parece la ciudad de noche? Un gran gusano de fuego. Y pienso que entre esas luces están usted y Miguel, y me consuelo. Me da tristeza pensar que en el invierno no podré verlas. Dice Rosa que entonces casi siempre el valle está cubierto de nubes.

Escríbame, cuidado me olvida. Sus cartas y mi hijito serán mi única distracción. Deme bastantes consejos mi querido hermano.

Abrace a Miguel en mi nombre. Mi hijito les manda muchos besos.

Yo lo abrazo mi querido hermano.

ANA MARÍA

P. D.—En esta provincia de Heredia son muy amigos de desbaratar los nombres y de arreglarlos de una manera fantástica. Los hijos de Rosa querían decir a su ahijado, Jito, pero yo no los dejé. Me gusta que lo llamen Sergio, como a usted.



Si yo espero, el sepulcro es
mi casa: en las tinieblas hice
mi cama.

A la huesa dije: mi padre
eres tú: a los gusanos: mi ma-
dre y mi hermano.

Dónde pues estará ahora mi
esperanza? y mi esperanza,
quién la verá?

Libro de Job.

Cap. XVII — 13 — 14 — 15.

CUÁNTAS miserias en torno suyo! Cuánta
carne mártir y resignada!

A Sergio le hacía el efecto esta mansión, de un panal en el que se escuchaba el incesante zumbido de abejas que fabricaban el dolor y no la miel. Bajo aquel techo habitaba Job, el gran rebelde paciente de la Biblia, ya increpando a Dios y "maldiciendo su día", ya ras-cándose sus llagas con una teja, sin quejarse. Allí la risa era algo que sólo servía para que las muecas impresas por la deformidad o la pena saltaran en relieve.

A ratos imaginaba que se hallaba en el planeta de los estropeados: ciegos, mancos, hombres sin nariz, sin piernas, que se arrastraban con los muñones de los muslos protegidos por un cuero grueso, o que caminaban golpeando el suelo con una pierna de palo o con las muletas. Había un mozo alto, fornido que de repen-

te caía con un ataque que lo ponía a rebotar como una bola de hule, con la boca contraída por una mueca diabólica y cubierta de espumarajos. Un hombre ya canoso, chiquitito, de ojos saltones, con el busto desarrollado y con las piernas que apenas si medían dos decímetros, sentado en un carro de juguete que él mismo se construyera y que él mismo podía manejar. Era inteligente y risueño y gustaba de burlarse de sí.—“Campo al automóvil de Marín”—gritaba a los grupos de compañeros que encontraba en los corredores. “Vamos a pasear del brazo, esta noche a la retreta”,—decía al mocetón de los ataques. Sin embargo, Sergio lo sorprendió un día, escondido llorando entre un zacatal. Un muchacho sin nariz, con las manos y los pies muy hinchados, que nunca dejaba de comprar lotería, con la esperanza de tener con que le pusieran una nueva nariz. Había un mozo de treinta años que tenía el aspecto de una pelota de manteca y vestido con un túnico de mujer. Un adolescente ciego de nacimiento, acostado en una carretilla, tan descarnado que se le veía la calavera; las piernas eran delgadas como un dedo y al mirar por sus ojos abiertos, se creía asomarse a una casa deshabitada, por la noche.

En el ala derecha del edificio, se movía una tropa femenina compuesta de viejecillas locas, paralíticas, mudas, ciegas, y de muchachas deformes, cuya juventud no hacía sino poner de manifiesto su repulsiva fealdad. Había una, cara de ardilla, el pelo cortado al rape y su rostro lo dejaba a uno en la duda del sexo a que pertenecía. Caminaba de un modo fantástico, cullebreando las piernas y agitando los brazos. Una güechita con la cabeza llena de cintajos de colores, de orquillas y de peinetas; en el corpiño de su vestido traía prendidos cientos de alfileres, medallas de latón imperdibles; tenía un cerebro de urraca y apenas llegaba una visita, acudía a pedirle con su vocecilla atiplada

cualquier cosa brillante que trajera encima. Había otra muy joven y robusta, morena de carne fresca, con las mejillas en flor y los ojos negros franjeados de pestañas largas y rizadas; tenía las piernas tan endebles, que a lo mejor caía y había que ayudarla a levantarse. Siempre estaba viéndose los dedos y riendo con una risa estúpida llena de saliva que salpicaba lo que estaba cerca. La que más impresionaba a Sergio, era una muchacha muy gorda, con una desmesurada cabeza que balanceaba sin cesar, con el ritmo de un péndulo. Cada mañana, al sacarlo mama Canducha de su cuarto, la veía sentada en una banca, moviendo su gran cabeza, y él imaginaba que a su oído entraba el tac, tac, producido por este péndulo humano.

Un día Sergio se sorprendió comparando su miseria con las que lo rodeaban y consolándose al hallar la suya muy por encima de éstas. Se sabía joven, bien formado y fuerte hasta las rodillas. Mas, tal idea lo desconcertó. Por qué consolarse a la vista de tristezas peores que la suya?

Los días de Sergio estaban consagrados al violín. Para descansar, rogaba a mama Canducha que lo llevara por los corredores; entonces conversaba con todos, escuchaba sus miserias y les daba palabras de consuelo. Sin esfuerzo alguno se granjeó el cariño de hombres y mujeres.

Un domingo, recién llegado, le llamó la atención el espectáculo que se desarrollaba del lado de allá del jardín. Había un viejecillo apodado "Lorita", pipiriciego y cándido que hacía carretitas de madera para los niños, que iba a vender los sábados al mercado. Con las ganancias traía cigarros y golosinas a sus compañeros.

Sergio vió al viejecillo tocar dulzaina y al son de su música bailaban algunas mujeres: entre ellas la güechita y una anciana muda, de rostro infantil y cabello plateado, que ins-

piraba simpatía. Las bailarinas y la ronda que se formara en torno de ellas, parecían contentas. Sergio hizo que le alcanzaran su violín. Su arco que tanto amaba a Beethoven, y que interpretaba sus obras con maestría, se puso a acompañar los compases que Lorita sacaba de su dulzaina: "La Paloma", "El Torito". Los rostros de aquellas gentes se volvieron radiantes. La anciana muda brincaba como una chucuela y nuevas bailarinas entraron dentro de la ronda. Acudieron todos los que estaban levantados. Sergio creía ver sus almas y se imaginaba que eran palomas hambrientas que acudían a comerse unos granillos de ilusión.

Desde entonces, cada domingo en la tarde, se repetía la diversión; y por la mañana, mientras se celebraba la misa, su violín y su corazón sabían derramar sobre todas las dolientes figuras que poblaban la capilla, armonías infinitamente suaves que las acariciaban con dulzuras maternas y las hacían pensar en el cielo en el cual tenían un lugarcito.

En el hospicio se amaba a Sergio con ternura y devoción. Los incurables le decían entre ellos, "El Violinista", pero al dirigirse a él, lo llamaban respetuosamente, "Don Sergio", y ésto sin que nadie se los insinuara.

Ahora contaba veintidós años. A todos impresionaba e imponía su figura de artista romántica y serena, con su rostro pálido y moreno, enmarcado por su espesa cabellera lacia y negra. El perfil noble que prometiera su infancia estaba allí; sobre sus ojos color de agua, se abría la flor de la tristeza, cuyas raíces se hundían en su espíritu.

Para las imaginaciones que lo rodeaban, en este muchacho de maneras distinguidas, bajo cuya quietud que apenaba, se veía respirar sus energías de varón fuerte, que tocaba violín y que era tan bondadoso con todos, estaban personificados lo misterioso, lo bello y lo bueno.

Mama Canducha ha dejado la silla de Sergio frente a la ventana de su cuarto. Acaba de salir el sol y él ha abierto sus sentidos de par en par y se ha puesto a disfrutar de esta mañana limpia y fresca. Ayer cayó el primer aguacero del año: el cielo y las montañas han amanecido lavados y los cafetales florecidos. Ayer, ellos lucían solamente el verde esmeralda de sus hojas, pero Alguien guarneció anoche los arbustos con un maravilloso encaje blanco y perfumado. Acáso las gotas que dejara el aguacero, se cuajaron en la aromosa escarcha que hoy los cubre? Qué misteriosa voz pasó llamando entre la oscuridad, a estas albas criaturas, que a su conjuro asomaron y se esponjaron en las ramas de los cafetos? En el seno de cada una, palpita la esperanza. Los yigüirros cantan a las lluvias que tornan. El bramido lejano y tibio de una vaca, agita el ambiente de la mañana. En el potrero que está del otro lado del río, hay un niño que grita. Porqué? Quizá siente el deseo de meter entre sus pulmones este aire luminoso y cargado de aromas. Entre el follaje y la hierba hay rumor de alas y chirrido de insectos y el murmullo fresco del Torres sube de la hondonada. Hay en todo un olor a tierra mojada, que embriaga a Sergio. El cree oír dentro del suelo, el hervir de las existencias que pronto asomarán a la superficie la agitación de las simientes que van a dar a luz, y que se lamentan con pequeños gritos jubilosos. A lo lejos, la ciudad despierta: los techos de zinc brillan deslumbradores cuando la luz los hiere y las chimeneas comienzan a echar sobre el azul del cielo sus girones de humo, y a Sergio le es ésto desagradable, porque le parece que una mano grosera, arroja harapos negruzcos sobre un campo immaculado.

La vida entona en torno suyo el himno vigoroso de lo eterno, y aun dentro de él, hay alguien que canta con un acento que tiene la trágica dulzura que había en el canto del zenzontle ciego del tío José. El es como una nota encadenada, pero qué importa que lo esté, si es nota? Acáso cada una de las siete notas no es un ser preso en una línea o en un espacio del pentagrama y el anhelo de sentir la tristeza y la alegría, lo grande y lo pequeño, no las pone a revolotear fuera de su prisión? Qué importa que haya venido condenado a pasar sus días, casi, en esta silla de ruedas? No maldice de su suerte, ni la vida le parece como a los filósofos pesimistas, que no vale la pena de ser vivida. Vivir! Vivir! Qué hermoso es vivir, formar parte del gran concierto que se da en la Tierra, aun cuando su voz esté en el grupo de las que echan al viento la nota quejumbrosa... Otras dejan escapar la de la felicidad... Unas y otras se necesitan para la armonía sublime que se forma en esta gran bola que es un átomo perdido en el espacio. Las campanas de una iglesia de la ciudad, doblan, y sus repiques fúnebres parecen condensarse en los girones de humo que flotan sobre la ciudad.

La Muerte! Pero Sergio no la concibe horrible y lúgubre en esta radiante mañana de abril. No piensa con repulsión en la carne que se deshace entre el polvo y de la que surge la vida, sino como en una inmensa flor purpurina que despliega bajo el sol su belleza y vuelca en el aire su corola rebosante de perfumes capitosos.

Morir! Vivir! Cuán infinitamente admirable es la dolorosa vida, con sus grandezas y sus mezquindades, con sus pájaros y sus gusanos, sus estrellas y sus microbios!

Sergio está inmóvil: escucha la música que hay dentro de él y la que hay en torno suyo, que se unen y forman melodías dulcísimas y armonías que se llevan su alma entre sus re-

des, a regiones en las que se pierde la noción del cuerpo que sufre.

La Muerte! Cuando él no sea ya Sergio, la criatura que pasó ante los hombres en una silla de ruedas! Porque llegará un día en que desaparecerá. Cómo será no estar ya consigo mismo? Y experimenta la tristeza que despierta la idea de la separación de un amigo que conoce todos los rincones de nuestro interior. Un día, él se borrará también de la superficie del planeta, se hundirá en lo desconocido y posiblemente tal cual él ha sido, no se repetirá en lo infinito del tiempo... Otros seres humanos aparecerán con las piernas muertas, rodarán en otras sillas de ruedas, pero ninguno será él. Nunca más los hilos de la vida se tejerán para formar una figura igual a la suya.

La Naturaleza aparenta monotonía, pero si se escudriña, se encuentra que jamás se repite: el agua que hoy pasa ante nuestros ojos, no será la misma que la que se verá en el minuto siguiente en el mismo lugar: cuántas materias nuevas llevará su corriente que no llevaba la de antes o viceversa! Qué combinaciones insignificantes tendrán lugar en la esencia de los seres humanos, que los hace tan diferentes aun cuando estén modelados con la misma arcilla? Llegará el instante en que esta nota que es él, vaciará su sonido en el espacio... Y el sonido no se perderá, no, pero se dividirá en gotas que se unirán a otras que llenaron cuerpos que se movieron en un medio diferente a éste en que se movió el suyo, y que por lo tanto pensaron y obraron en otra forma.

Recordó cuántas veces intentara acabar con su existencia mutilada y cómo una intensa curiosidad de saborear lo que aun el dolor y quizá la dicha escanciaran en su ánima, lo sostuvo.

Y nunca fué más honda e intensa esa misma curiosidad que en esta mañana primaveral!

Carta de Sergio a Ana María

ANA MARÍA, hermana muy querida: me hago la fantasía de que llego a la casita de Rosa y que usted está sentada en el corredor oloroso a uruca, con su hijo en el regazo. Qué grande estará ya mi ahijado y sobrino! Hoy cumple ocho meses. Cuénteme todo lo que quiera de él, y dele muchos besos que le mando junto con ese pequeño recuerdo: la cadena con la medallita colgada de ella, me la puso mamá cuando cumplí un año. Hace mucho tiempo, mucho, que mama Canducha me la guardó, porque el cuello se hizo más grande que la cadena. Lo querida que es para mi esa joya usted lo comprenderá, y porque es un objeto muy amado para mi, lo envío a su hijito.

Ayer tarde la recordé mucho. Desde mi ventana podía ver las torres de San Francisco que fueron tan amigas nuestras. Frente a mí, tenía la ciudad. Qué tranquilas parecen las casas así vistas de lejos! Lo mismo debe pensar usted cuando las mira de allá! El humo que sale de las chimeneas, hace imaginar escenas de familias sentadas en torno de la mesa cubierta por un mantel immaculado, con platos de los que se escapan nubes de vapor. Hay un pan muy blanco; el padre habla, la madre y los niños sonríen...

Le he dicho todo ésto a mama Canducha que ha movido la cabeza con aire de duda, y me ha contestado que no hay que fiarse de ese

aspecto de mansedumbre que presentan las casas de lejos; que si nos fuéramos a asomar por el techo de cada una, encontraríamos escenas muy diferentes a las que yo acababa de hacer.

Sabe lo que ha encontrado mi viejita en el fondo de mi cofre? La pequeña cruz de hueso que usted me dió una vez para que no llorara. La lente, con el Niño Jesús dormido entre azucenas, se ha perdido. No me ha gustado ver el agujero vacío. Y yo que me he vuelto algo filósofo, pensé que lo mismo me ha pasado con otras cosas que antes encerraban un gran encanto para mi y que al encontrarlas más tarde ya no lo tenían; en ellas he hallado solamente el agujero que lo guardara. No cree usted hermana mía, que ese es el oficio de la experiencia? Sacar de las pobres cosas que nos rodean el pedacito de ilusión que encerraban para nuestro placer?

Qué rumbo tomaría el prisma que todo lo irisaba, hasta al tío José y a la tía Concha? Ese pedazo de vidrio ha sido el más bello cuento de hadas que he leído en mi vida. A través de él, vi brillar mis lágrimas como flores. En dónde habrá quedado? Quizá ande en pedazos ignorados entre el polvo de los rincones. Ojalá estuviera entero en las manos de niños tristes como nosotros, para que los pusiera a soñar en cosas bellas.

Jamás he olvidado que esos dos objetos eran los únicos tesoros que usted poseía, y que se deshizo de ellos para hacerme olvidar mi pena.

Adiós Anita. Piense siempre que mi inútil cariño está a su lado.

SERGIO

* * *

Siempre fué de países distantes que vinieron quienes más influyeran en la vida de Sergio: del Tirol, Miguel, de Chile, Rafael Valencia.

Era domingo por la mañana. Celebrábase

en la Capilla de los Incurables, la misa, y Sergio tocó música de Chopin y al terminar la ceremonia, aquella fantasía para violín, compuesta por Miguel hacía muchos años al escuchar el rodar de la silla de Sergio, la cual éste siempre tocaba conmovido. Cuán lejos su pensamiento de que del otro lado del muro, unos oídos lo escuchaban encantados! He aquí que momentos después de comenzada la misa, se detuvo a la entrada del Hóspicio un carruaje, y de él descendieron tres caballeros. Uno de ellos era un extranjero, Clovis Shirley, célebre organista inglés, que viajaba conociendo las Américas. Sin procurarlo él, se supo en sociedad el prestigio de su nombre y enseguida el pequeño mundo artístico con que contamos y hasta el gobierno se dedicaron a festejarlo.

En esa mañana lo paseaban por los alrededores de la ciudad. Al pasar por el Hospicio de Incurables, mostró deseos de conocerlo. Bajaron, y al llegar a la capilla escucharon el violín de Sergio. Inmediatamente el músico se sintió atraído por aquel modo de interpretar a Chopin, honrado y magistral. No quiso que entraran en la capilla para no llamar la atención. Luego el arco hizo cantar la música de Miguel, que el organista encontró extraña y emocionante. Y él, que viajó por toda Europa, se dijo que nunca había escuchado un violín tocado como éste. La ejecución de los otros valsa más, indudablemente, pero el violín que tenía ante los oídos, lo emocionaba de una manera nueva. Esperó hasta que terminó el Oficio, y entonces se situó a la entrada y vió desfilas el tropel de criaturas estropeadas por la Vida. Miraba ansioso a los que salían. Sergio apareció en su silla empujada por mama Canducha; tras él venía su nuevo amigo "Lorita" trayendo el violín con gran veneración. Con el sombrero en la mano se acercó el extranjero al viejecillo y preguntó:

—Dónde está el violinista?

Alguien le indicó a Sergio quien ya le llamara la atención y tendiéndole la mano:

—Clovis Shirley, señor. Jamás he escuchado un violín que me haya hecho sentir lo que el suyo.

Y así comenzó esta amistad que ascendió en minutos a una altura que las gentes tranquilas logran alcanzar en años, y que tan profundas huellas dejara en la vida de nuestro amigo.

* * *

Otras veces suenan notas
que parecen amarse; los soni-
dos se enlazan como hacen
las personas cuando se besan.

Juan Cristóbal. "El Alba".

ROMAIN ROLLAND.

DESDE este día, el organista frecuentó Los Incurables, y al poco tiempo Sergio sintió que un noble corazón había abierto sus puertas al suyo.

Clovis Shirley era un hombre de unos treinta y cinco años, cuyo carácter jovial y vivo estaba muy lejos de la proverbial flema inglesa. Sus amigos decían que a su nacimiento, las hadas que conceden dones amables, se reunieron en torno de su cuna: artista coronado de renombre a los veinticinco años, generoso, muy rico, apuesto, gentil y simpático, adorado por las mujeres y querido y admirado por cuantos lo trataban. Tal era el nuevo amigo que salía al encuentro de Sergio.

La gloria que lo rodeaba, no había inflado su pensamiento. Le agradecía profundamente a la naturaleza que le hubiese puesto entre la carne la pasión por la música, pero no se envanecía por ello, como no le envanecía su nariz apolínea ni su hermosa cabellera. Su inteligencia comprendió muy temprano que todo ésto se hizo sin que su personalidad interviniera.

El contacto con esta alma poco egoísta,

que amaba la vida y que comprendía su apasionamiento por el arte de los sonidos, fué para la de Sergio un gran bien. Con su ingenuidad de niño, le relató su vida de músico solitario que con su violín, era como la de esos grillos ermitaños que pasan sus días a la entrada de su celdita, cantándole al sol, a la noche oscura, a la estrella lejana y a la nube que la oculta, a la flor que amanece abierta a la vera de su morada y al gusano que pasa arrastrándose. En él todo se convertía en armonías que su violín echaba al viento en canciones humildes. Le presentó a su maestro y el organista habituado a ver encumbradas e hinchadas a tantas medianías, se maravilló al encontrar un artista que estudió en el Conservatorio de Praga y que sabía enseñar armonía y contrapunto, escondido en un humilde afilador. Sergio le hizo conocer sus composiciones y su nuevo amigo encontró notables su "Marcha de Job", inspirada por el montón de carne atormentada que se movía en su derredor, y su "Canción del Grillo", cuya grandiosa humildad, enternecía.

Un día Mr. Shirley halló en el camino, al venir al Hospicio, a mama Canducha y le hizo compañía. Le impresionaba la devoción con que la vieja india trataba a Sergio. Hizo caer la conversación sobre él, y con delicadeza trató de informarse de su vida, y la anciana al palpar con las finas antenas de sus sentimientos que en el "machito", como ella lo llamaba, había un verdadero amigo de "su muchacho", le relató las intimidades de esta alma atormentada. Al escucharla, los ojos del organista se nublaron. El afecto y la simpatía que ya profesaba a Sergio, se hicieron grandes y fuertes. Su espíritu apasionado se interesó por hacer volar el pensamiento de Sergio por regiones desconocidas en las cuales se olvidara de sí mismo, y lo invitó a ello con ideas embriagadoras.

El organista propuso a Miguel y a Sergio, dar unas audiciones en el Nacional. Este se negó al principio, pero hablaba el organista con tanto entusiasmo y además se ofrecía a acompañarlo al piano, que acabó por ceder. Miguel no dijo nada, pero no volvió a asomarse por el Hospicio. Enseguida Clovis hizo traer un piano y desde que llegó el instrumento, casi no volvió a salir de allí. Las horas se les iban en un soplo.

Y cuán feliz fué Sergio al escuchar por vez primera las voces de su violín entrelazándose con los compases del piano! Por fin el solitario había encontrado un compañero. Imaginaba que se amaban y que iban por el espacio con las manos y las bocas unidas como los amantes. Sin saber porqué, el recuerdo de Ana María pasó a través del minuto encantado como el pájaro azul de la leyenda. Cuando tocaron una fantasía de Schumann, tuvo la ilusión de que el acompañamiento era un cielo crepuscular de verano y que sobre este fondo su violín encendía la estrella de la tarde.

Creaciones de Beethoven, de Haydn, de Haendel, de Mozart, de Chopin, se esparcieron por el ambiente desolado del Hospicio, como el perfume guardado en un vaso que se abriera, perfume extraído hacía muchos años, de flores cuyos pétalos se deshicieron, y cuyos átomos andaban ahora quién sabe en qué cuerpos.

* * *

La aureola que rodeaba a Clovis Shirley, le abrió todas las puertas y sin ninguna dificultad anunció las audiciones que darían en el Teatro Nacional. La novedad de aquel artista costarricense desconocido, elogiado por el gran músico extranjero hizo bulla en nuestra sociedad. Desde una semana antes de llevarse a

cabo la primera audición, los diarios movían en sus columnas sus incensarios, ante el célebre organista inglés y el violinista nacional. Lo que se contaba de éste, nimbaba su nombre de leyenda. Y quizá fué más la curiosidad de ver en el escenario a un violinista paralítico, y no el deseo de oír buena música, a la cual nuestro público no es aficionado, lo que llenó el Teatro.

Llegó el día de la primera audición. En el Hospicio había un movimiento inusitado. Los ciegos curioseaban con los oídos y los demás con orejas y ojos, en las visitas que entraban y salían: músicos, periodistas, curiosos. Había un continuo cuchicheo placentero en todas aquellas bocas, nidos de lamentos; en ese día hubo menos quejidos porque el afán de fisgonear hacía olvidar las enfermedades. Y las cosas maravillosas que sobre "El Violinista" contaron esas lenguas cándidas!

Mama Canducha estaba en trabajos con la silla. Hizo que le pusieran flamantes almohadones nuevos; barnizó las maderas y dió brillo a los dorados. En ella aparecería "su muchacho" ante cientos de personas. Y cuando lo vió partir puso una candela a la Virgen y se arrodilló ante su imagen para que ella se lo sacara con bien.

El éxito fué notable: los conocedores en ese Arte, comprendieron que se hallaban frente a dos grandes músicos; a los aficionados no les dolió el dinero que pagaron y los curiosos salieron satisfechos. En verdad que la figura del violinista no se podía mirar con indiferencia! Su vestido negro hacía resaltar la delicada palidez de su rostro. Las mujeres se sentían atraídas: hacían comentarios sobre sus ojos, sobre su perfil, sobre sus manos; del gesto arrogante y descuidado con que echaba hacia atrás su cabellera lacia; de su sonrisa melancólica y de la distinción y naturalidad de sus movimientos. Los periódicos lo pusieron en las

estrellas y uno dijo que al contemplar a Sergio sentado en su silla, con las piernas cubiertas por una costosa piel oscura, se pensaba en el hermoso e infortunado príncipe de aquel cuento oriental, con su tronco sostenido por un bloque de mármol negro.

En tanto, el caso de Sergio afirmaba a Clovis Shirley en su opinión de que aquel que tiene que decir o hacer algo que conmueva a la humanidad o a una parte de ella, lo lleva a cabo sin que sea preciso que se mueva en un medio especial, favorable a sus disposiciones. Así pues, a los que oyera quejarse del ambiente para disculpar su impotencia, no tenían razón. El ambiente que crea las obras que ponen en suspenso al hombre—se decía—no está en contacto con la atmósfera terrestre, sino en el interior de las almas. Si el ave es canora no esperará para cantar a que haya oídos que la escuchen y las melodías de su garganta no desdeñan la soledad. La solitaria oscuridad de la cueva no convierte en agua el contenido del frasco que ha sido colmado de generoso vino, y si los años pasados en la soledad y en la sombra lo envuelven en polvo y telarañas, también ennoblecen el licor que guarda. Y generoso será el día que salga a la luz, ya para ser escanciado en la copa irisada de un rey, entre la alegría y el tumulto de una fiesta, ya—si su suerte así lo quiso—para llenar el vaso de arcilla que hay en la mesa mal alumbrada del pobre.



Han transcurrido tres semanas después de la última audición en el Nacional. Hace unos días que el organista partió a un paseo por el Guanacaste. Prometió a su amigo que a su regreso permanecería con él una semana, antes

de continuar su viaje hacia la América del Sur.

La novelería ha dejado por fin tranquilo a Sergio que se encontraba incómodo entre tantas gentes que no hablaban nada a su corazón, y a quienes veía acudir a contemplarlo como a un fenómeno raro. La paja ha sido aventada y Sergio ha descubierto que bajo tanta balumba sólo había uno que otro grano bueno que él sabría convertir en amistades.

Es una tarde de octubre. Ha cesado el aguacero que cayera tenaz durante dos horas. Sergio está ante su ventana y mira con desaliento la ciudad que parece abrumada por el firmamento de plomo que la cubre. Algunas chimeneas de fábricas y talleres, arrojan columnas de humo que suben rectas, del mismo color de la bóveda del cielo, la cual dijérase sostenida por ellas. Los árboles gotean y las torres de San Francisco no se ven porque están cubiertas por la neblina y en todo hay una calma pesada que doblga el espíritu.

La idea de que Clovis Shirley, tan amado ya para Sergio, partirá para no volver nunca, acaba de desolarlo.

Por un caminillo transversal que conduce a su cuarto, se acerca Miguel con un niño en los brazos, seguido por una mujer enlutada, con la cabeza baja y cubierta por el manto.

Al verlo en la ventana, Miguel lo señala, la enlutada levanta la cabeza y Sergio reconoce un rostro muy querido.

Ana María!

Hace más de un año que se separaron.

Ella entra con timidez, no se atreve a acercarse, pero Sergio la atrae y la abraza con ternura.

Luego cuenta porqué está allí: ayer tarde, uno de los chiquillos de Rosa, le llevó de Heredia unas compras envueltas en un periódico, una "Información" vieja. Al desenvolverlas, sus ojos tuvieron una sorpresa alegre: allí

estaba el retrato de su amigo y después tres columnas que hablaban de él y de su violín. Bien decía ella que al violín de Sergio sólo hablar le faltaba. Y desde ese momento se le entraron unos deseos inmensos de abrazarlo. No tenía dinero; entonces madrugó y se vino a pie. Desgraciadamente llovió desde temprano y tuvo que escampar varias veces. Eso sí, el último aguacero la había cogido en despojado, y se habían estilado. Tuvo un gran susto porque no querían dejarla entrar: por dicha en ese momento llegaba Miguel, quien habló con la directora, y allí estaba.

Al escuchar su relación y al contemplar su figura enflaquecida y abatida, con sus pobres ropas empapadas, los zapatos enlodados y con su hijito en los brazos, pálido y con cara de enfermo, Sergio tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar.

Mama Canducha llena de solicitud los ha hecho quitarse los vestidos mojados. Al niño lo cubrió con ropas secas y a ella la vistió con un traje suyo y la envolvió en el sobretodo de Sergio.

Han comido juntos y Sergio ha conseguido que la directora dé albergue a Ana María y a su hijo por esa noche.

Después de comida se han reunido en la pequeña habitación de Sergio. Miguel no halla como marcharse. Allí se ha quedado con su silencio elocuente, dispuesto a hacer por la madre y el hijo todo lo que pidan. Fuera zumban el huracán y la lluvia.

Ana María se ha sentado a los pies de su amigo. Sergio mira con interés la encorvada figura, en la cual la cabeza es una flor marchita. La mirada soñadora que anidó en sus ojos en la época de sus amores, huyó y dejó a la del desencanto. Y sus camanances? La pena pasó por ellos su arado y en su lugar dejó un surco.

Luego Sergio se dedica a observar al niño que duerme en su regazo. Qué bonito es y qué

gracioso el hoyuelo que tiene en la barba! La cabecita es un cestillo de crespos negros y por los labios entreabiertos asoman los menudos dientes como tiernos granitos de elote. Pero él, como su madre, está muy pálido y flaco. Ana María ha dicho que se pasa enfermo. No es hurraño y cuando Sergio lo ha cogido en sus brazos, él ha rodeado con los suyos el cuello de su padrino y ha recostado en su hombro, confiado y mimoso, su cabecita.

Al interrogar a Ana María sobre su vida, contesta sonriendo, con voz que se esfuerza por ser alegre. Sergio adivina que trata de aparecer valiente y de ocultar sus miserias.

Mama Canducha le pregunta:

—Cuántos días vas a estar en San José, Ana María?

Ella responde:—Mañana me vuelvo. En la semana que viene principiarán las cogidas. Pienso ir a coger café y tengo que terminar unas costuras, y ya hoy es miércoles.

Hay un largo silencio que Sergio interrumpe:

—Anita, quiere quedarse con nosotros? No sabe que ya soy rico? Que las tres audiciones me dejaron más de dos mil colones? Mi amigo Mr. Shirley no quiso coger ni un cinco, todo me lo dejó a mi, y aun temo que él haya agregado algo. Qué quiere usted que yo haga con ese dinero? Porqué no alquilamos una casa barata donde podamos acomodarnos los cinco? Mire, Ana María: con mil colones nos instalamos pobremente. Yo daré clases; con lo restante del dinero, usted pondrá una tiendecita de ropa. Y cuando estemos acomodados llamaremos a Gracia a nuestro lado. Qué les parece?

En los ojos de Ana María ha caído una gota de luz. Levanta la cabeza y mira a Sergio emocionada.

En la boca de Candelaria hay una sonrisa de bienaventuranza:—Ay! Mi hijo!—mur-

mura—me parece que me estoy soñando.

Miguel dice:—Yo también trabajaré!

Sergio vuelve a hablar:—Y usted Ana María? Vea que su hijo está muy enfermo. Si usted se va a coger café quedará en poder de los chiquillos de Rosa que por más que lo quieran no sabrán tratarlo.

Ana María se arrodilla ante Sergio, le cubre las manos de besos y contesta:—Que Dios se lo pague, Sergio. A mi también me parece que estoy soñando!

Luego estos cuatro seres abatidos por la suerte, olvidan sus penas y sobre ellas se ponen a tejer planes risueños para su existencia futura.

* * *

Ana María ha encontrado una casa en buena situación para que Sergio pueda dar clases. No es de mucho valor y queda en una calle tranquila y solitaria. Al frente tiene la tapia que flanquea el lado izquierdo de la Fábrica Nacional de Licores, adornada en un extremo por una añosa mosqueta, que precipita hacia el exterior la perfumada catarata de su follaje sembrada de racimos de flores color de marfil. A los lados no hay vecinos. A los pocos pasos se levanta un viejo edificio abandonado que llaman "El Molino", porque allí se hizo harina en otro tiempo. En su recinto crecen grandes árboles; las ventanas no tienen cristales, están provistas de rejas de hierro y la fantasía de Ana le ha hallado un aspecto misterioso.

La casita está rodeada de un jardín abandonado. De noche suenan grillos como en el campo.

Clovis Shirley ha vuelto, y al saber los planes de su amigo, los secunda con su entusiasmo de costumbre. Se siente feliz al meditar en que dejará a Sergio en un hogar, en el que

habrá mucho cariño para él, lejos de aquel Asilo de Aflicción en que lo conociera.

Sin atender a las protestas de Ana María y Candelaria que se rebelan ante su munificencia, amuebla la casa a su gusto, y la deja arrendada por tres años; pide a Ana María el dinero que Sergio le diera para los gastos y lo guarda en la gaveta del escritorio que ha comprado para su amigo.

El en persona, con la satisfacción instalada en su fisonomía, va a sacar a Sergio del Hospicio.

Mas, éste no abandona contento el Asilo en que todos han sido tan buenos para él. Siente que ha echado raíces en cada uno de los seres que lo habitan y al arrancarse de allí, deja mucho de si mismo.

Es el día de la partida. Los que pueden se han venido al corredor para verlo marcharse y no hay unos ojos que no estén humedecidos. Desde temprano, "Lorita" sigue la silla de Sergio, deseoso de serle útil. El pequeño Marín se ha empinado en su carrito para estrecharle la mano y habla tratando de sonreír con su voz de hombre:—"No nos olvide don Sergio". Y Sergio recuerda cuando lo sorprendió llorando entre un zacatal.

Les ha prometido venir los domingos a tocar con "Lorita" para que bailen.

Al partir el carruaje que se lo lleva, se levanta un clamor que suena a lamento:—"Adiós don Sergio l... Ya en la puerta se asoma por la ventanilla del carruaje. Le parece que ha logrado salir de un barco tripulado por todos los dolores, perdido en el tiempo. Pero sus compañeros quedan en él... Allí están diciéndole adiós con sus manos mustias, algunos quizá con un granillo de envidia en el pensamiento: en la banca de siempre, aquella muchacha mueve su cabeza como un péndulo: tac, tac...

No puede contenerse y con la cara escondida en sus manos, llora como un chiquillo. Su

compañero se enjuga los ojos con disimulo.

El espectáculo de sus amigos que lo reciben con el rostro iluminado, en el nuevo hogar lleno de comodidades por la generosidad de Mr. Shirley, distrae la idea penosa que surgió en su cabeza al abandonar el Hospicio.

Jamás Clovis Shirley ha tenido un minuto más emocionante.



Una semana después el organista partió. Durante dos años Sergio recibió cartas suyas. Luego estalló la guerra y Sergio supo un día que su amigo Clovis Shirley, quien vino de Inglaterra a dejar su silla en una senda apacible, había hallado la muerte en los campos de Flandes.

Algunas páginas del Diario de Sergio

DICIEMBRE, 9—191...—Hoy ha llegado Gracia. Dice que ha tiempos rogaba a papá que la trajera cuando venía a San José porque anhelaba verme, pero que él se hacía el sordo. Por fin hoy accedió, por una carta que yo le escribí.

Hace más de seis años que no nos vemos. Ahora tiene veintidós años como Ana María. Qué encantadora es y qué parecida a mamá! Se ha desatado, para peinarla, su magnífica cabellera oscura que cae ondulando casi hasta sus rodillas.

Eso sí, noto que mi hermana "Campanilla" ha perdido su viveza. Se ha sentado silenciosa a mi lado. Mientras pasaba mi mano por su cabeza que ha reclinado en mi regazo, pienso en las espinas en que la pobre ha ido dejando girones de su alegría rosada.

Me ha referido su existencia penosa al lado de su madrastra, mujer vulgar, quien al igual de las madrastras de los cuentos, goza humillándola. Sus hermanos tampoco han sido buenos. El único que la ha tratado mejor ha sido papá, pero el pobre está dominado por su esposa. He convencido a Gracia de que debe quedarse con nosotros y cuando papá vino a buscarla, le dije tranquilamente pero con energía, que Gracia se quedaría a mi lado. Quizá porque sabe que su esposa le dará por

ésto un gran disgusto, ha querido obligarla a irse, pero Gracia se ha negado rotundamente. Papá se marchó muy disgustado, pero ésto ni a ella ni a mi nos importa gran cosa.

Al oír alejarse el coche en que partía papá, me ha echado los brazos al cuello y luego ha cogido al pequeño Sergio y se ha puesto a bailar, armando tal alboroto que mama Canducha ha venido a informarse:—Hija, me quedé en el otro mundo. Esperaba en la cocina en qué terminaría el asunto con don Juan Pablo, y al oír esta parranda, creí que te llevaba del pelo.—Gracia ha dejado en el suelo al pobre niño que nos mira con unos ojos muy abiertos y ha levantado entre sus brazos a nuestra viejita y se la ha comido a besos.

Confío en que pronto la matita aquella que decía mama Canducha, la cual mustiaran los pesares, retoñará y nos dará racimos de risas frescas.

— Diciembre, 24—1911...—Hace más de un mes que estamos instalados en nuestra nueva casita. Yo he conseguido ocho lecciones que me producen veinte colones a la semana. Ana María y Gracia han abierto una pequeña tienda de ropa para niños que han bautizado: "La Caperucita", y ambas se muestran satisfechas. Miguel quería comprar lo necesario para montar otra máquina de afilar, pero yo no se lo he permitido. Ya está muy viejo y yo deseo que descanse. Entonces se ha puesto a fabricar juguetes que vende inmediatamente que los saca a vender. Ahora es el pequeño Sergio el que no se desprende de su lado. Quién sabe qué tiene Miguel, que los niños lo buscan y lo quieren!

Todas nuestras ganancias las dejamos a mama Canducha que es nuestra ama de llaves.

Las noches las dedico a mi violín. Ha comenzado a frecuentar nuestra casa un pianista notable que conocí por Clovis Shirley. Se llama Daniel Fernández. Tiene mi misma edad,

veinticuatro años, y yo adivino en él un corazón leal. Es una dicha para mí, cuando viene y nos ponemos a tocar.

Tenemos un piano que hemos alquilado para que Gracia siga estudiando.

Ahora mientras los demás duermen, yo pongo en mi diario las impresiones que me dejara nuestra velada de Nochebuena.

Qué contentos la hemos pasado!

Mi amigo Daniel nos ha hecho compañía. Candelaria preparó una cena muy sabrosa en la que no faltaron sus célebres tamales. Cuando nos reunimos en el pequeño comedor, me pareció que me hallaba entre un nido hecho con briznas de calor y de paz. La mesa estaba cubierta con un mantel muy blanco; Ana María y Gracia la adornaron con vasos llenos de rosas y la sembraron de hojas de malva de olor. Los platos confeccionados por manos que movía el afecto me sabían a gloria; las copas llenas de vino en el que temblaba la luz, hacían pensar en rojas amapolas erguidas sobre su tallo. Por la vidriera mirábamos el jardín plateado por la luna, y la Estrella del Niño que se ponía, nos enviaba a través del ramaje de un eucalipto, su luz apacible.

Cómo se ha transformado en pocos días el rostro de Anita! La tranquilidad ha regado su frescura sobre esta cabeza abatida por la miseria, que se ha enderezado como una flor que a punto de morir por falta de agua, fuera bañada por una garúa. Ha vuelto a peinar su cabello con coquetería y esta noche llevaba una blusa de seda blanca que le lucía mucho, y en el cinturón una rosa roja entre sus hojas verdes.

Hemos obligado a mamá Canducha y a Miguel a ocupar los extremos de la mesa y hemos declarado que ambos son los lugares de preferencia. Bajo la faz morena y rugosa de mi viejita, dijérase que se había encendido una luminaria. Entre la barba canosa de Miguel

se veía sonreír su boca, y en su rostro bondadoso había una serenidad infinita. Gracia estaba radiante. Sobre su contento, el vino puso su espuma, y la alegría desbordaba por sus ojos y por sus labios. He observado que mi amigo Daniel no le quitaba los ojos y que al dirigirse a ella su voz tomaba inflexiones tiernas. Me gustaría que mi hermana fuese amada por este muchacho leal, de alma de artista.

Al levantar mi copa, yo he dicho:

—Bendito sea Clovis Shirley! Que Dios lo proteja en todos los instantes de su vida!

Los demás han respondido conmovidos:

—Que Dios lo proteja!

Al terminar nuestra cena hemos ido a la camita de mi ahijado a ponerle los juguetes que le compráramos. Mañana él dirá en su lenguaje infantil que se "los trajo el Niño". Cada uno se ha inclinado sobre su cabecita para besarla. El también ha cambiado y las rosas de la salud comienzan a abrirse en sus mejillas.

Julio, 16—1911...—Hemos recibido una carta muy tierna de mamá. Nos ha enviado una fotografía en la que están ella y sus hijos, y otra de la casa que habita en Argentina, un hermoso edificio. Este y los trajes que ellos visten nos dicen que viven en la prosperidad.

Los años no pasan por mamá que es siempre la linda mujercita de cara infantil. El bebé que conocí en el Colegio de los Salesianos, es ya un chiquillo de unos seis años. Cuán cariñosa y confiada es la actitud con que se reclina en el regazo materno! A su derecha e izquierda, la cabeza de Noemi y de Rodrigo acarician la de mamá. Son casi de la misma edad. Noemi nos sonríe con su sonrisa en la que resucitó la de Merceditas.

Yo hablo con un tono que revela satisfacción y pena:—Verdad Gracia, que mamá parece feliz? Esto debe ser un consuelo para nosotros.

No me responde. La miro y veo que sus lágrimas caen sobre el cuadro. Besa el rostro de mamá y dice:—Sí, los cuatro parecen felices... No crees que a ellos los ama más que a nosotros?

Noviembre, 5—191...—Ha muerto la tía Concha. Su marido murió un año antes. Ana María fué llamada por ella y le pidió que volviera a su lado y la asistiera. Y Anita al verla en manos de criadas, se instaló a su cabecera y la cuidó con tierna solicitud. A Gracia y a mí, nos legó las tres cuartas partes de sus bienes; la otra a Ana María. A última hora fué que la pobre perdió su afán por el dinero. Su muerte no me ha causado ninguna pena, ni su legado, satisfacción alguna.

Enero, —191...—Hace días notaba miradas y cuchicheos entre mi hermana y mis amigos. Antier me dijo Gracia, sin más explicaciones, que nos mudábamos de casa, y sin poner atención a mis preguntas, comenzaron a cargar los muebles en carros. Acabé por molestarme, pero nadie parecía atender a mi disgusto. Miguel procuraba no ponerse a mi alcance, mamá Canducha indiferente en su cocina, y Gracia y Ana María, regresaban tarde de su tienda y se iban derecho a la cama. Mi único compañero ha sido mi ahijado que con sus travesuras me hacía olvidar el cuidado en que me ponía la actitud de los que me rodeaban.

De repente hoy a medio día desaparecieron también mamá Canducha y el niño. Miguel vino en la tarde por mí en un coche, pero yo no quise irme. Qué malhumorado estaba!

Miguel me ha dicho:—Sergio, porqué piensas mal de los que te queremos?

Por fin me decidí a salir, pero pedí a Miguel que me llevara en la silla, si el camino que teníamos que hacer no era difícil.

Con cuánto pesar abandoné esta casita en donde la tranquilidad comenzó a ser mi amiga y en la que hemos vivido dos años. Sobre todo,

el jardín con sus eucaliptos y el macizo de caña de bambú que forma una bóveda y que era mi retiro favorito: allí leía, y jugaba con el pequeño Sergio. Y la calle tranquila con su aire antiguo y romántico transitada en las noches de luna por parejas de enamorados! La tapia adornada con la mosqueta que perfuma el ambiente y el viejo caserón de "El Molino" con sus grandes ventanas sin cristales!...

La silla comenzó a rodar por vericuetos y y calles excusadas. Por fin ha desembocado en una carretera que conozco muy bien. La silla se ha detenido ante una verja... que muy a menudo he visto en mis sueños. Por la calle central del jardín en que tan feliz fui de niño, corren a mi encuentro Gracia, Ana María y mi ahijado. Las ruedas de mi silla chirrian en la arena... En el fondo, mi casa, el hogar en que nací!... Mama Canducha está en el corredor y no se sabe si su cara oscura y surcada de arrugas, sonrío o llora.

A qué tratar de traducir en palabras mi emoción?... Lo recorro todo. Se nota que la casa acaba de ser retocada: pintura y cal frescas, cielos nuevos, tapices renovados. Han arreglado mi alcoba en mi dormitorio de niño. El mirto que tiene mi edad, asoma su follaje oscuro por la ventana, con afectuosa curiosidad. Sus hojas menudas me despertarán como antaño, tocando en los cristales. En el jardín no queda más que la glorieta de flor de verano y la palmera. Los saucos, las damas y los naranjos, los plantíos de rosales y de geranios, no existen. Oigo murmurar el agua de la acequia y mi fantasía la pone a repetir la canción aquella: "Adiós Sergio, Gracia y Merceditas".

Me cuentan que Ana María ha comprado esta casa en que nací, con su herencia; que Miguel pasó hace un mes y que vió el anuncio de que se vendía. Entre los dos combinaron el plan que Gracia y Candelaria supieron a última hora, de adquirir la propiedad y venirnos

a habitarla. Ana María explica sencillamente: —Siempre lo he oído recordar su antigua casa, Sergio. Al saber que estaba en venta imaginé la dicha que le daría haciéndolo volver a ella. Yo he besado a su hijito y le dije al oído: —Ve, chiquillo y pon este beso en el corazón de tu madre!

Ahora cierro los ojos para ver mejor en mi memoria, la mañana en que mi silla salió rodando por la misma calle del jardín que hoy recorriera, hacía un desconocido frío y oscuro. En la verja había un letrero que decía: "Se alquila con muebles"; en el alero se arrullaban mis palomas, y mi gatita Pascuala estaba sobre el tejado. Más de quince años han transcurrido desde entonces y aquel niño que se fué muy triste, torna hecho un hombre que ya tiene barba y en cuya cabeza se encuentran canas... Pero la negra tristeza de antaño ha florecido en melancolía.

Ante mis ojos hay una hilera de sillas con un Sergio sentado en cada una: sale de esta casa, y cuántas curvas ha descrito para volver a ella! Y cuántas veces he tendido mi pensamiento hacia mi hogar, ansioso y nostálgico como John Howard Payne, aquel americano hambriento de cariño y de pan, de cuyo abandono brotó el sentido canto:

Home! Home! Sweet, sweet home!
There's no place like home, there's no place
like home! (*)



Y cuán inefables sensaciones ha puesto en mi alma esta primera velada en nuestro anti-

(*) Hogar! Hogar! Dulce hogar!
No hay sitio como el hogar, no hay sitio
como el hogar!

guo hogar, en la misma sala en que nos reuníamos con mamá! Faltan ella y Merceditas. En qué punto de la tierra estará mamá en este momento? Pensará en sus hijos ausentes, rodeada de los otros? Y Merceditas? Su recuerdo suave como un rayo de luna está sentado a mis pies...

Adónde habrán ido a parar la consola con el gran espejo, el reloj del caminante, el sillón de mamá y el florero que parecía un fino tallo de cristal, en el cual ella ponía las rosas de mis rosales?

Nuestro amigo Daniel ha venido. Primero hemos hecho música y luego lo he dejado libre para que se reúna con Gracia que lo espera en un rincón de la sala. Daniel y Gracia se aman y su amor me hace dichoso.

Ana María cose junto a la lámpara. Qué bonita se ha vuelto a poner Ana María! Su tez morena ha adquirido de nuevo la frescura de otra época. Al oír a su hijo que se ha escondido bajo un mueble y que me llama con su palabra infantil, levanta la cabeza, me mira con sus negros ojos rasgados y me ha sonreído, y su sonrisa tiene otra vez camanances en que anidar. Viste un traje azul y yo pienso en la peloncilla de la casona de San Francisco. Se que allá dentro descansan ya los dos viejos. Y mi ternura va a Miguel y a Candelaria. Cuánto los amo!

A Miguel se le construyó una pieza allí donde estuvo "El Cuartito de las Golondrinas" y a Candelaria se le dió la misma que ocupaba en tiempo de mamá.

Porqué será que Miguel no ha querido volver a coger el violín? Ahora se limita a escucharme con recogimiento cuando toco. Qué extraña es la expresión de sus ojos! Dijérase que mira muy lejos o que acaban de llegar de distantes regiones.

El pequeño Sergio, cansado de jugar, ha venido a refugiarse en el regazo materno.

Desde el otro extremo de la sala, mi hermana da bromas a Ana María.

Gracia me dice:—Sabés, Sergio, que ahora si es verdad que se nos casa?—Con el gesto señalaba a Anita.—Ayer tarde me le hablaron de matrimonio—agrega.

Y Daniel:—No olvide que me prometió nombrarme padrino de bodas.

Ana María los amenaza con un dedo, levanta en los brazos al niño que comienza a dormirse, y sale riendo.

Por las ventanas se ve el jardín que se adormece bajo la luna. Los enamorados se van al corredor. Mi espíritu estaba hace unos instantes lo mismo que el agua cristalina de un remanso, cuyas impurezas en la tranquilidad, se fueron al fondo. Las palabras de Gracia han sido como la vara con que un niño hubiera llegado a remover el sedimento y a oscurecer la linfa transparente. Todas las tristezas que dormían en mi, se agitan otra vez y enturbian el pensamiento.

Ya tenía noticias de este enamorado de Ana María, tenedor de libros de un almacén contiguo a "La Caperucita". En otras ocasiones of a Gracia embromándola con él y también lo vi rondar nuestra casa. Es un hombre joven y lo encontré serio y de aspecto simpático.

Qué será de mí cuando esta criatura abnegada no esté a mi lado?

Ana María vuelve a entrar; yo le pido que se siente cerca de mí, y ella se acomoda a mis pies en una silla baja.

Tratando de aparecer indiferente le digo:

—Es cierto que ese hombre le ha hablado?

—Sí.

—Quiere contarme Ana María?

—Sí: usted sabe Sergio que ya en otras ocasiones me ha dicho que me quiere. Ayer me acompañó a la salida de la tienda y me propuso matrimonio. Yo le dije que tengo un hijo y que no soy casada; me contestó que lo sabía,

pero que ésto no le importa, que será su padre...

El vértigo me invade. Siento la soledad que dejará en mi derredor la ausencia de Ana María. Me repongo y heroicamente replico:—Hay que tomar informes, y si resulta digno de usted... Ese hombre puede hacerla dichosa.

—Le gustaría, Sergio, que yo me casara?

—La falta que me haría! Pero si la viera contenta, olvidaría mi pesar.

—Pues no, Sergio, no me casaré. Así le he contestado a mi pretendiente.

—Es que aún no se ha colmado el vacío que dejara en usted el amor de Diego?

—Sí, Era muy grande... Recuerda Sergio? Pero no era tanto como los cariños que vinieron después, que lo llenaron y hasta formaron una montaña sobre él.—Al mirar a mi chiquillo, me parece increíble que sea hijo de Diego quien ha llegado a serme indiferente. Cuando lo comprendí, lo juzgué un pobre hombre, y cuando una mujer piensa eso de un hombre, yo creo que no puede quererlo ni aborrecerlo.

Hubo una pausa.

Ella continúa:—Nunca lo abandonaré, a usted Sergio, nunca. Con su cariño y el de mi hijo se llena mi corazón. Y ya ve, todavía me quedan los de Gracia, Miguel y Candelaria. Si Dios nos deja, llegaremos a viejos, yo pastoreándolo y usted dejándose pastorear. No le parece un porvenir agradable? Después mi hijo se casará y me dará nietos... Qué viejecillos más buenos seremos!

Yo replico:—No, Ana María, usted es muy joven y el amor puede volver a buscarla y...

Me mira intensamente y veo en sus ojos una revelación que me deslumbra. No me deja terminar:

—Sí, el amor ha vuelto, Sergio... Me parece que es el primero... Pero no hablemos de eso nunca, conformémonos con sentirlo entre el corazón—añade gravemente.

Un sentimiento de inefable dicha ha descendido sobre mi... aquí está aun envolviéndome y filtrándose en cada uno de los átomos de mi cuerpo. Mi ser todo, se ha concentrado en mis labios que pusieron en sus manos un beso muy largo...

11—Enero—1918.

FIN

INDICE

	Páginas
La música del Afilador (grabado).....	5
Así fué.....	7
En torno de la silla.....	11
Sergio recuerda.....	38
En el Seminario.....	70
Una página de la vida de Sergio en el Seminario.....	72
Carta de Ana María a Sergio.....	75
En el Colegio de los Salesianos.....	79
Del Diario de Sergio.....	80
Un cariño que torna.....	91
Entre los Incurables.....	104
Carta de Ana María a Sergio.....	108
Carta de Sergio a Ana María.....	117
Algunas páginas del Diario de Sergio.....	132